

A woman with long, wavy brown hair, seen from behind, is standing in a misty, dark forest. She is wearing a long, black, strapless gown with a full skirt. She is holding the hem of her dress with both hands, and it appears to be floating or blowing in the air. The forest is filled with tall, thin, bare trees, and the ground is covered in fallen leaves. The overall atmosphere is mysterious and ethereal.

Hollow Valley

«Cuando el *diente de león* florezca de la muerte, los amantes de Hollow Valley volverán a reencontrarse...»

S.M. AFONSO

ANAÏS VALCÁRCEL

Título: Hollow Valley

Copyright © 2021 Anaïs Valcárcel y S.M. Afonso

SAFE CREATIVE 2011235968193 .

Todos los derechos reservados.

Publicado en España

Todo es ficción. Nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del escritor o usados de manera ficticia. Cualquier parecido con una persona real, viva o muerta, eventos o lugares son completamente coincidencia

Editado por AJ. García.

Diseño de Portada por AJ. García.

Maquetado por AJ. García.

Bubok Publishing S.L. 2021

1ª Edición. Octubre 2021



HOLLOW VALLEY

INDICE

[SINOPSIS](#)

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 01](#)

[CAPÍTULO 02](#)

[CAPÍTULO 03](#)

[CAPÍTULO 04](#)

[CAPÍTULO 05](#)

[CAPÍTULO 06](#)

[CAPÍTULO 07](#)

[CAPÍTULO 08](#)

[CAPÍTULO 09](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[EPILOGO](#)

[Agradecimientos](#)



SINOPSIS

Cuenta la leyenda que hace cuatrocientos años Heather Saint Jones fue ajusticiada en la horca y que su amante, el Vizconde de Stoneworth, roto de dolor, maldijo un lugar llamado *Hollow Valley* y a sus gentes.

Así comienzan siempre las historias. Las grandes historias de amor. Historias que nos abren los ojos y nos ensimisman, que nos hacen viajar a otros tiempos, a otros lugares y que nos trasladan a otra época.

Para muchos forasteros son solamente tonterías, historias de viejas, tretas para que los niños se vayan a dormir sin rechistar. Para los lugareños, en cambio, son maldiciones, castigos heredados generación tras generación... por destruir un amor tan grande.

Y, para Violet Byrne, la razón por la que acaba la noche más mágica del año allanando la propiedad de un Vizconde con más de cuatrocientos años que, según cuentan, cabalga como alma en pena por los bosques de *Hollow Valley* en busca de venganza, buscando a su amada.



PRÓLOGO

31 de octubre 1618.

Con la soga alrededor de su delicado cuello la trampilla se abrió de golpe y el cuerpo de Heather Saint Jones cayó. La hermosa muchacha no emitió sonido alguno, permaneció en todo momento en silencio y con los párpados cerrados. Parecía tranquila, en paz, parecía haber aceptado con resignación su sentencia. La habían acusado de herejía, de brujería, y en plena caza de brujas aquello era suficiente para ser condenada a muerte. Sobre todo, cuando su mayor instigador era una de las familias más influyentes del condado. ¿Su verdadero delito? Amar al vizconde de Stoneworth y que él la amara a ella; a una simple campesina sin título ni riqueza.

Su absoluta quietud hizo creer posiblemente a más de uno de los allí congregados que se había desnucado, que no tenía que esperar a la muerte por asfixia a causa del estrangulamiento.

Que equivocados estaban.

El alma y la conciencia podían experimentarse al margen del cuerpo, y Heather Saint Jones dominaba a la perfección el procedimiento. No obstante, había tenido al mejor maestro de todos para aprender: Killian Devlin de Stoneworth.

El resto de aldeanos, ansiosos por un espectáculo macabro y alarmados por la falta de respuesta de la muchacha, que permanecía suspendida en el aire como si estuviera a la espera de que ocurriera un evento específico para permitirse finalmente morir, se dispusieron a hacer algo, cualquier cosa que resolviera sus dudas de si vivía o había muerto, sin embargo, mientras discutían que hacer, sobre sus cabezas el cielo, hasta ese momento de la tarde despejado, se transformó de pronto en una noche artificial. Las nubes negras y fantasmagóricas corrían como si huyeran del mismísimo diablo y un viento feroz comenzó a soplar y hacer algunos estragos serios. Los relámpagos no tardaron en hacer acto de presencia y con ellos llegó la lluvia.

Un rayo cayó entonces en dirección al escenario donde acababa de tener lugar la ejecución, lo que produjo un gran incendio. Para sorpresa y horror de muchos el fuego rodeó el cuerpo de la bruja condenada, pero nunca lo tocó. Ni siquiera la furiosa lluvia era capaz de apagarlo.

¡Aquello solo podía ser obra del demonio!

Las buenas gentes de Hollow Valley, temerosas de Dios, se santiguaron con frenesí y pronunciaron salmos. Pero sus bocas quedaron secas por el pánico y sus lenguas pegadas a los paladares cuando el retumbar de los cascos de un caballo irrumpió sobre ellos.

El sonido, tantas veces común en esas tierras, les heló la sangre.

Hombres y mujeres, niños y niñas, gentes de todas las partes y de todas las clases, movieron la cabeza hacia los lados, buscando el origen de aquel espeluznante sonido, cada vez más y más cerca. No tardaron mucho tiempo en ver un jinete oscuro, inmenso, montando un corcel negro. Parecía poseído por el diablo mientras fustigaba violentamente a su caballo y le clavaba los

tacones de sus botas en los ijares. El animal relinchó y cruzó como una flecha el puente levadizo que separaba las profundidades del bosque con aquel lugar.

No parecía real, no parecía ni siquiera humano, más bien parecía un ser sacado del mismísimo infierno. Un demonio, un fantasma a lomos de una salvaje bestia.

Gritos de espanto, llantos de histeria, gente corriendo de un lado a otro, nadie se interpuso en el camino del jinete, y los pocos que se atrevieron a ser valientes cuando desmontó conocieron el metal de su espada. No sin antes reconocer bajo su casaca los violáceos ojos del vizconde de Stoneworth inyectados en sangre. No se detuvo. Nadie pudo. Tenía una fuerza sobrenatural y una destreza que seguramente había adquirido en numerables batallas.

Cuando llegó al escenario atravesó las llamas, sin inmutarse, sin sufrir la más leve mordedura del fuego. Se apresuró a bajar el cuerpo de la muchacha de la horca y cuando comprobó sus constantes vitales, pareció dejar de respirar. Exactamente igual que ella. Las lágrimas del vizconde se entremezclaron con las manchas de sangre que manchaban su cara y salpicaron la tez impoluta de la joven, perdiéndose más tarde entre las largas ondas de su cabello castaño.

—Pequeño diente de león ya estoy de vuelta —Colocando las manos en su rostro, llevó su boca a la de ella. Seguía inerte, fría. Cuando se echó atrás, dijo—: He tardado un poco, amor, pero ya estoy contigo y no pienso volver a separarme de ti.

Pero su pequeño diente de león no reaccionaba.

Había llegado demasiado tarde.

Se había ido.

—¡No! —La acunó contra su ancho pecho con fiereza mientras un desgarrador rugido salía de su garganta y eclipsaba el sonido de un relámpago.

Oscuridad.

Dolor.

Desesperación...

No supo cuánto tiempo permaneció allí, pero cuando finalmente se incorporó con la hermosa dama en sus brazos y reparó en el poco público que se había quedado paralizado por el miedo, contemplando su desgracia, la muerte y el infierno asomaron en sus ojos.

—¡Por lo que han hecho esta noche, pagarán! Lo pagarán cada minuto, cada hora, cada día que tengan vida ustedes y sus descendientes. Lo pagará la tierra que los vio nacer y los alimentó por generaciones. ¡Porque les prometo que se arrepentirán tres vidas antes de que pueda perdonarlos! —gritó, rugió como un animal herido. La gente del pueblo se miró entre sí temiéndole—. ¡Juro que pagarán su muerte con sus propias y miserables existencias!

De pronto, el cielo se abrió por una fracción de segundos y de allí salió un rayo del mismo color violeta de los ojos del vizconde de Stoneworth. El rayo retumbó sobre sus cabezas y luego, enfurecido por las sentidas palabras cayó sobre uno de los árboles cercanos partiéndolo por la mitad. El gentío gritó, mientras la lluvia se desataba, y espantada de la misma manera que si hubieran visto al mismísimo demonio, salieron disparados, corriendo todos por el campo en dirección al pueblo para resguardarse en sus casas y sus patéticas vidas.

Killian Devlin de Stoneworth, el noble que nunca seguía las normas y al que todos respetaban y temían por igual, los odió. Mojado hasta los calcetines, montó de nuevo su corcel con agilidad y subió de un tirón el cuerpo sin vida de su amada, sentándolo en la grupa de su caballo, como si fuera una niña, como si fuera un valioso y delicado tesoro para él, y salió a galope mientras rompía con estrépito la tormenta.



CAPÍTULO 01

—VIOLET BYRNE—

31 de octubre, en la actualidad.

Y qué hizo el vizconde con el cuerpo sin vida de su amada?
—¡Necrofilia! —Se burló Rick cuando la profesora Bartlett dio por concluido su relato.
—¡Oh, cierra esa bocaza, Rick! —exclamó de nuevo una chillona y molesta voz femenina. La reconozco. Ella es Deanna. Posiblemente una de las pocas personas en el campus que no tiene como

entretenimiento hacer un poco más miserable la vida de los inadaptados de aquel lugar. Lo que significaba que yo estaba fuera de su radar.

La profesora Bartlett llamó al orden entre su alumnado y continuó con su exposición.

—A lo largo de los años se han contado todo tipo de teorías. Una de ellas habla de que la enterró en las profundidades del bosque, donde nada de nadie pudiera perturbar su descanso eterno. Otras, en cambio, hablan que la sepultó en su propio castillo. Incluso hay viejos escritos que aseguran que la conservaba en una urna en sus aposentos, tan hermosa y joven que parecía que simplemente dormía.

—Pobre vizconde —pronunciaron varias voces.

—Profesora Bartlett, ¿es cierto que el vizconde fue ejecutado por su insolencia y acusado también de nigromancia?

—No existe constancia de que ocurriera tal cosa. En cambio, el juicio a Heather Saint Jones sí está registrado en los viejos archivos de *Hollow Valley*.

—Tonterías —replico Pike. Si la muñeca *Barbie* estuviera en aquella clase, sin duda, Pike Lane sería su perfecto *Kent*—. ¿Un vizconde de más de cuatrocientos años que cabalga por los bosques de noche por una maldición? Son solo historias de viejas, tretas para que los niños se vayan a la cama sin rechistar.

—¿Y eso lo averiguaste tú solito desde tu inexistente incursión en los bosques de Hollow Valley? —se mofó otro de los chicos de su compañero.

—Chicos —Los regañó la profesora sin poder disimular una sonrisa—. Está muy callada, señorita Byrne. ¿Acaso en Leeds no tenéis leyendas para una noche tan mágica como la de hoy?

¿Qué?

Parpadeé un par de veces, observando con confusión el dibujo ante mis ojos. Mientras escuchaba a la señorita Bartlett narrar con exagerada emoción la leyenda local, había agarrado el lápiz y garabateado distraídamente en mi cuaderno. Solo algo, cualquier cosa, para despejar mi mente. Pero había terminado dibujando una fantástica recreación de lo que imaginaba podía haber sido la ejecución de Heather Saint Jones, el momento exacto en el que el vizconde de Stoneworth la reclamó como suya, aún después de muerta.

Pensé en lo sumamente doloroso que debía ser que la única persona que has amado te sea

arrebatada, y no puedas evitar que suceda.

La bilis sube por mi garganta y las lágrimas furiosas me amenazan.

Las contengo.

¿Es el universo tan malditamente injusto como para hacer eso?

Real o no, ahora mi corazón sufre por Killian Devlin de Stoneworth.

Por Heather Saint Jones.

Por ambos.

—¿Señorita Byrne?

Mis ojos se abren mucho cuando escucho por segunda vez mi apellido.

Alzo rápidamente la cabeza del pupitre y miro a la profesora Bartlett. Sus cejas están juntas en un gesto haciendo un llamativo pliegue entre ellas.

—Lo siento. ¿Puede repetirme la pregunta? —digo, mi voz ronca. Noto también como el rubor calienta mis mejillas.

Un murmullo de voces y risas no tarda en aparecer a mí alrededor.

Genial, acababa de alimentar a las hienas una vez más.

—Le pregunté si de dónde viene no hay historias que contar y pasar de generación en generación.

Desciendo mi visión una vez más hacia mi cuaderno, hacia el dibujo que acabo de crear, y medito unos segundos sobre la ciudad natal que había dejé atrás para mudarse recientemente a Hollow Valley. Mis padres adoptivos vivían y respiraban para la ciudad de Leeds, y no habían encajado bien mi decisión de trasladarme a un lugar que consideraban infinitamente inferior. Pero soy una apasionada de la botánica y en una edificada y contaminada urbe lo más natural que encontraría sería el polvoriento césped de las calzadas y los parques infantiles.

—No. Allí los fantasmas son de carne y hueso y los ruidos paranormales quedan silenciados por el constante tráfico.

—¿Otra agnóstica como el señor Lane? —¿Lo soy? Miro hacia arriba cuando una alargada sombra invade mi espacio y veo que la profesora Bartlett está parada justo a mi lado. Contempla mi boceto por un interminable instante y cuando sonrío de oreja a oreja sé que he obtenido su aprobación—. A veces es bueno creer, señorita Byrne.

Un respiro de alivio escapa de mis labios cuando escucho la campana que da por concluidas las clases por ese día. El caos no tarda en desatarse, hoy más que nunca, todos parecen demasiado ansiosos por abandonar el aula. Posiblemente ya están pensando en la fiesta de esta noche.

A diferencia del resto de mis compañeros, recojo el material esparcido por mi pupitre con parsimonia y lo meto todo ordenadamente dentro de mi mochila antes de colgarla al hombro. Me dirijo hacia la puerta principal, pero a medio camino soy echada a un lado.

—Eres lenta *rarity* —Me lanzan al unísono Shirley y Glenn, cuando deciden que la mejor ruta de salida pasa justo por mi posición.

Mi pecho es aplastado por un puño invisible mientras aprieto mi cola de caballo rubia y endurezco mi postura. Quiero llamarlas perras, pero las palabras se alojan en mi garganta en vez de salir de mi boca.

Lo que sea que esas chicas piensen de mí, como el resto del alumnado, no es verdad. Sí, ellos pueden estar muy por encima de mi posición social, basándome en su popularidad, pero eso no significa que quiera ser como ellos.

En cuanto pongo el primer pie en el pasillo soy interceptada por Cadence. Cadence es mi

compañera de cuarto, mi única amiga por el momento en aquella colmena de abejas reinas. Tenemos en común varias asignaturas, pero la de la señora Bartlett no figura entre ellas.

Una lástima.

—¡Adivina qué! —La cantarina voz de Cadence se extiende hacia mí antes de que sus largos brazos me abracen. Inhaló el aroma de su largo cabello oscuro. Es realmente embriagador y extrañamente familiar—. ¡Samantha Jhonson nos ha invitado a su fiesta de *Halloween* de esta noche! ¡¿Te lo puedes creer?!

Ahogo un gemido.

Honestamente, no, no me lo puedo creer.

Los depredadores no invitaban a sus presas a sentarse con ellos en la mesa a comer... Salvo que fuera para devorarlas directamente desde sus asientos.

Quizás ese era el plan.

—Venga, vamos, Vi, puedes dejar por una noche de ser mi amiga la antisocial y acompañarme. ¡Porfi, porfi!

Cuando me ruega haciendo pucheros teatralmente y sus preciosos ojos azules brillan con la emoción de una niña no puedo más que sonreír.

Es fácil caer en las redes de Cadence y complacerla.

—De acuerdo, iré contigo.

—¡Sí, sabía que lo harías! ¡Eres la mejor! —Mi amiga salta de alegría al obtener su respuesta deseada y me estruja en sus brazos como si fuera un maldito oso de peluche. Su risa es contagiosa y mi corazón se acelera ante el sonido feliz.

Cadence es la única razón por la que pronto estaré rodeada de gente que me importa tan poco como yo a ellos. Incluso Shirley y Glenn estarán allí, llamándome *rarity*, en el mejor de los casos, y sé que moriré lentamente por dentro mientras todo esto sucede. Pero a diferencia de Heather Saint Jones, me podría levantar mañana por la mañana y seguir con mi vida.



CAPÍTULO 02

—VIOLET BYRNE—

Respiré con dificultad mientras me inspiraba el valor necesario para seguir avanzando detrás de Cadence. Intenté controlarme, pero la sensación de estar en peligro seguía cómo una alarma de incendios pitando en mi interior. Nunca me gustó demasiado la gente, ni siquiera cuando era pequeña y me invitaban a fiestas infantiles.

Que recordara nunca me había pasado algo sustancialmente malo en alguna celebración cómo para que tuviera ese claro sentido de aberración, pero el avinagramiento de mi propia saliva era un indicativo de que no estaba hecha para socializar.

Me costaba muchísimo entablar conversaciones abiertas con gente desconocida y siempre buscaba la seguridad de mi habitación o me alejaba con un libro a la sombra del primer árbol que encontrara.

Siempre huía.

Siempre.

O al menos eso decía el orientador al que me obligaron a ir, cuando al pisar la secundaria, mi ya reducido número de amigos quedó con las vacantes abiertas, pero sin aspirantes. No encajaba en ningún lugar. No me gustaba la música actual, ni beber o usar demasiado las redes sociales. Ni siquiera tenía *Facebook* hasta hace dos años.

Era algo normal y ya me había acostumbrado a ser invisible. Estaba en paz con eso.

Violet Byrne no era solo tímida.

Violet Byrne era solo un personaje que me había tocado interpretar, pero por algún motivo no se sentía como yo.

Era difícil no saber nunca lo que estabas haciendo o por qué lo estabas haciendo. Nunca me había sentido cómoda en mi propia piel y el ir a una fiesta de disfraces en una de las hermandades más populares, sin duda, no iba a ayudar a que eso cambiara pronto.

Ajusté la capucha para evitar las miradas del resto de chicos que disfrazados de un popurrí de personajes parecían divertirse poniendo a prueba sus propias habilidades éticas con el juego del barril.

—¡Venga, Violet! ¡Mueve el trasero o llegaremos mañana!

—Ya voy —respondí, dejando de ver al equipo de fútbol de la universidad meter a alguien en un depósito de basura.

Apreté la mandíbula.

Si estaba aquí era por Cadence. Era la única amiga que tenía en todo el campus y no podía negarme a acompañarla cuando parecía tan extasiada con la idea de asistir a una de esas fiestas que darían de qué hablar durante semanas.

Forcé una sonrisa hacia Cadence que estaba impactante en su traje, completamente de látex, de Lilith. Ella había puesto tanto empeño en que mi usual maquillaje negro fuera a otro nivel, dibujándome algunas de las imágenes de mis runas nórdicas debajo de la línea negra a la altura del puente de mi nariz. Tres puntos negros desde la línea hasta colocar una figura pagana en el

lugar dónde decía que estaba el tercer ojo. Los labios negros y algunas líneas celtas en el rostro complementaban el maquillaje. Sin duda, parecía una bruja antigua y poderosa. La ropa no fue problema, fuimos a una tienda de segunda mano en el que buscar un vestido viejo que pudiéramos romper en jirones. Un corsé negro y zapatillas negras.

No puedo negar que la impresión al verme en el espejo fue potente.

No sabía si era porque me estaba escondiendo a mi misma, pero me sentía bien. Hasta que pisé la calle y todo ese valor se esfumó de un plumazo.

Parpadeé varias veces para evitar que una lágrima rodara por mi rostro. Las largas pestañas magnéticas me molestaban en los ojos y cada vez que los cerraba tenía la sensación de que se me iban a caer o a incrustar en la línea de agua.

—¡Esto es a lo que yo llamo una verdadera fiesta! —chilló Cadence para que la pudiera oír por encima de la fuerte música electrónica que estaba logrando que los ventanales de la casa vibraran estridentemente.

Asentí, intentando parecer emocionada cuando lo cierto era que quería largarme de allí.

—¡Vamos a bailar!

No pude responder. Cadence ya estaba tirando de mi brazo para arrastrarme hacia la improvisada pista de baile. Me obligó a moverme y decidí que al menos sería un poco complaciente. A fin de cuentas, ya estaba allí.

Mientras me movía al ritmo de la música no pude evitar analizar el comportamiento de todos a mi alrededor. Muchos bailaban, otros hacían mucho ruido alentando, como una manada de lobos, un desfile de disfraces sensuales. Una banda de esqueletos jugaba billar en una mesa justo en frente y fuera, en el lugar donde estaba la piscina, la fiesta parecía volverse cada vez más alocada. Solo esperaba que no llamaran a la policía. Tengo un historial limpio y pretendo que siga conservándose de la misma manera por muchos años.

Negué. Vaya. Por más que lo intentaba, lo cierto era que no reconocía a nadie. Ni siquiera con quienes compartía cada semana un salón de clase. Supuse que tendría que relajarme. Era mi primer *Halloween* en el pueblo de Hollow Valley.

Abrí los ojos con sorpresa cuando la dulce Blancanieves que estaba a unos pocos metros de distancia de nosotras se lanzó a horcajadas sobre un duro agente del FBI y comenzó a comerle la boca. Halley Queen se reía a su lado y yo, incómoda, dirigí la mirada hacia otro lado.

—Es una fiesta, Violet, es algo normal —me dijo riéndose Cadence y casi me sentí mal que notara mi incomodidad.

—Supongo —respondí.

—¡Mira quiénes vienen allí! —intenté ver a través de la gente hacia el lugar dónde Cadence me señalaba.

Bien.

Parecía que Samantha, Cassidy y Ellie habían elegido el disfraz perfecto para su personalidades inquietantes y mimadas. Las tres consentidas encarnaban, no solo por esa noche, la piel de Regina George, Gretchen Weiners y Karen Smith, las famosas de la película “*Chicas pesadas*”.

Sonreí, esta vez sin fuerza.

—Honestamente, no pudieron elegir un mejor disfraz —dije blanqueando los ojos.

—Oye, Samantha no es tan mala —Se rio Cadence.

¿*Samantha Jhonson no era tan mala?* pensé y estuve totalmente en contra, aunque no expresé mi opinión.

Samantha Jhonson era la abeja reina de la maldad.

Se sentaba tres puestos adelante de mí en casi todas las clases y no había dudado ni uno de los días en intentar que mi vida fuera miserable. Incluso parecía disfrutar de ello.

—Anda, Vi, vamos —Me animó Cadence.

—¿De regreso a la habitación? —pregunté casi esperanzada en regresar al refugio de mi protectora cama.

—No, pervertida —soltó mi amiga sin perder la alegría en ningún momento—. No podemos estar en su fiesta sin ir a saludarla. Ella quería que lo hiciéramos apenas llegáramos. Anda vamos —Me urgió—, Samantha estaba especialmente interesada en saludarte.

Arrugué el ceño porque aquello era casi imposible.

Samantha y yo... No existía una oración positiva posible en la que pudieran coexistir naturalmente ambos nombres. Iba a negarme. Toda mi alma me decía que lo hiciera. Cadence parecía tan encantada con la invitación que decidí, una vez más, callarme. El hecho de que no fuera una persona social, o que evitara el contacto con otros seres humanos, no quería decir que tuviera que arrastrar a Cadence por el camino de la amargura.

Asentí.

—¡Samantha! —saludó Cadence encantada.

—Oh, vaya, me encanta —respondió la abeja reina de la fraternidad, mientras me jalaba del brazo para examinar el maquillaje que Cadence me había puesto—. Sin duda, Vi, te ves muy distinta. Casi pareces una bruja real. Muy buen trabajo, Cadence, porque sin duda lo hiciste tú.

La aludida soltó una risita de satisfacción al escuchar como reconocían su extraordinario trabajo. Mientras tanto yo blanqueaba los ojos por su peculiar halago. Me parecía incluso extraño que supiera mi nombre.

—Gracias, Samantha —No sonreí. No podía ser hipócrita, simplemente no me salía. Pero intenté parecer autocomplaciente cuando le dije—. No pudieron elegir mejor disfraz que vaya acorde con ustedes.

—¿Verdad que sí? —sonrió Cassidy, pensando que lo que acababa de decir era un cumplido.

Regina era una arpía encantadora.

Gretchen una tonta útil.

Y Karen... Pobre Karen... Ay, Cassidy. Elegiste el peor disfraz.

¿Cómo le explicaba a la pobre niña?

—¿Y qué pensáis de la leyenda de Hollow Valley? ¿Creéis que sea verdad? —preguntó Cadence al cabo de un rato de insulsa conversación. Me volví para observarla mejor.

Lo cierto es que todo ese rollo de la brujería siempre ha llamado mi atención, pero dudaba que deberíamos jugar con algo así en una noche como esta.

—Yo opino que si realmente existe tal leyenda no hay un día más indicado que hoy. Es el aniversario de la muerte de Heather Saint Jones —Les recordó Ellie.

—¡Y es por eso por lo que hoy más que nunca debemos salir en busca de la leyenda! —canturreó emocionada Cadence—. ¿Se imaginan lo que pasaría si lo documentamos y le presentamos al ayuntamiento pruebas de que todo es verdad? ¡Seguro que habrá una recompensa! —consignó—. Seríamos famosas y podríamos ser miembros importantes de la comunidad.

Yo no estaba tan segura.

Si la leyenda era cierta, lo único que lograríamos sería perturbar a la pobre alma del vizconde de Stoneworth que aún deambulaba por este plano material buscando la llegada de su amada.

Me pregunté, desconectándome por completo de la conversación, qué tipo de amor tan grande tendría que haber existido entre el vizconde y la mujer para lograr que él se maldijera a sí mismo por no haber podido salvarla de una muerte atroz. La condena parecía demasiado larga y dolorosa.

No podía comprenderlo. Nunca me había enamorado de alguien cómo para poder tener una respuesta. Pero sin duda me parecía un final muy triste y nostálgico para una pareja que, por lo visto, se había amado tanto.

No podía negar que la historia me había dado vueltas en la cabeza todo el día desde que la escuché. El estómago me dio una voltereta y tembló cómo una pandereta en mi interior al imaginar, no por primera vez ese día, a Killian Devlin de Stoneworth esperando por más de cuatrocientos años a su gran amor en la desgastada y descompuesta construcción. Era, sin duda, deprimente.

—¿Qué opinas, Vi?

—¿Eh? —respondí en automático.

—¡Ay, vamos, Violet! —instó Samantha con una voz repentinamente dulce que nunca asociaría a su carácter—. Necesitamos una bruja por si se tuercen las cosas y por esta noche, encarnas a una, así que sin ti no podremos hacerlo. ¿Acaso te da miedo?

Cassidy y Ellie soltaron una pequeña risita.

No. No sentía miedo. No podía catalogar lo que sentía desde la mañana, pero sin duda no era miedo. Por el contrario, no podía entender cómo clasificaban aquella historia cómo una leyenda terrorífica en aquel lugar. A mí me causaba una profunda pena por el alma perturbada y apresada en aquel inmenso castillo. Incluso el dibujo que hice mientras nos relataban la historia desprendía un aroma a soledad, a una profunda melancolía.

Cadence me hizo reconectarme a la conversación con un suave codazo. Al observarla pude ver una luz extraña en sus ojos azules. Ella se moría por ir, por ser aceptada por esas tres chicas y ser, por un día, tan popular como ellas.

¿Quién era yo para negarle esa posibilidad?

Yo, en cambio, nunca pretendí ser popular, por el contrario, intentaba correr de ello cómo si fuera la peste; pero una vez más, no pude evitar decirle que sí.

—De acuerdo, hagámoslo —pronuncié. Sin embargo, tenía la intuición de me que probablemente me arrepentiría de esto por la mañana.



CAPÍTULO 03

—VIOLET BYRNE—

El castillo de Stoneworth ¡No puedo creer que sea real! —exclamó Cadence sin poder dar crédito mientras nos bajábamos todas del *Renault* rojo de Ellie y conectábamos las linternas de nuestros móviles.

Cinco chicas jóvenes en las profundidades de un bosque en plena madrugada.

Estaba segura de haber visto alguna vez esta película de terror y ninguna de ellas tuvo un buen final.

El gélido aire otoñal me abofeteó directamente en la cara y me hizo tiritar de la cabeza a los pies. Me froté los brazos en un ridículo intento de entrar en calor. Como el resto de las chicas me había cambiado de ropa y había sustituido mi disfraz de bruja por unos pantalones anchos y una sudadera con capucha, ambos de color negro, pero apenas me resguardaban de las bajas temperaturas.

La familiaridad surgió dentro de mí cuando examino la imponente construcción coronada por almenas y torreones puntiagudos que tengo delante. Pese al vetusto y lúgubre aspecto, sin ninguna duda, era un ejemplo perfecto de la majestuosidad de la arquitectura señorial.

—¿Habéis oído eso, chicas? —preguntó abruptamente Cassidy visiblemente alterada.

Agudicé mis oídos.

A esas horas de la noche, en las que la naturaleza se mostraba particularmente inmóvil, ningún ruido turbaba la paz de aquel lugar, salvo, acaso, el canto súbito de algún ave nocturna o el repiqueteo de las ramas y hojas de los árboles, nada más; el resto, tranquilidad plena.

—¡Uh soy el vizconde de Stoneworth y he venido a clavarte mi enorme estaca, Cassie! —Se mofa vulgarmente Samantha de su amiga.

Amiga...

Dudaba que conociera el significado real de esa palabra.

Escucho más burlas y risas de las chicas y las miro con la esperanza de acortar el tiempo que tengo que pasar fingiendo que me agradan. La perspectiva de pasar la noche con un ser diabólico con cuatro siglos de existencia se antojaba sumamente atractiva en esos momentos más que nunca.

—Cadence y tú entraréis al castillo y sacaréis fotos de su interior —comentó Samantha dirigiéndose específicamente a mí al cabo de un rato—. Más que nada para comprobar que no os quedasteis acordadas detrás de la puerta de entrada dejando los minutos pasar.

Su proximidad limita mi respiración y lo odio. Quiero acabar con este maldito juego lo más rápido posible, pero la abeja reina, al parecer, aún no ha tenido suficiente.

—¿Por qué Cadence y yo y no Cassidy, Ellie y tú? —me quejo.

Estaba completamente segura de que, si entraba cualquiera de las tres y la historia del vizconde de Stoneworth era verdadera, el que correría peligro era él, no ellas.

—¡Porque sois las novatas del grupo! Y porque dudo que haya aquí nadie más inocente que tú, Violet, ¿o me equivoco? —bromea. Me encojo por dentro porque ahora Samantha me rodea como un tiburón. Sus ojos parecen casi amigables, pero veo el rastro depredador acechando en el

fondo.

Sabía a lo que se refería.

Era virgen y ese hecho, por lo visto, era motivo de mofa. Si pensaban que sus comentarios y burlas me harían correr al primer chico que encontrara para acostarme con él, perdían su tiempo. Puedo ser muchas cosas, incluso una cobarde por no querer enfrentamientos, pero jamás permitiría que nadie tomara por mí decisiones tan importantes como esa. Porque para mí lo era. Esperaría al chico, al hombre correcto, aunque me llevara una eternidad.

—¿Qué más da, Vi? Podemos hacerlo —Me censuró Cadence más preocupada en caer bien a nuestros acompañantes que en mí claro malestar.

¿Por qué Cadence estaba siempre tan desesperada por complacer a ese nido de víboras?

Dudo que a ellas les importe tanto.

Tal vez iba siendo hora de tener una charla seria con mi compañera de cuarto.

Si la hubiese tenido desde hace tiempo, quizás, no estaríamos en esta situación absurda.

—Entonces será mejor que acabemos con esto cuanto antes —Le digo entre dientes e ignorando a las demás.

A medida que avanzamos por el camino de piedra, cuanto más nos aproximábamos al castillo, más fuerte me latía en el pecho el corazón, como si las costillas me fueran a saltar. Pero respiré hondo e hice acopio de todo el valor y de toda la fuerza de voluntad que requería para no dar marcha atrás.

Pude oír las risas detrás de nosotras y me detuve. Les disparé por encima de mi hombro una mirada asesina. Dudo que puedan distinguir en medio de la oscuridad el enojo que desfigura mi cara, pero me da igual.

—Vi, venga, vamos, te necesito.

Sacudo mi cabeza al escuchar a Cadence. Apunto con la luz del móvil hacia delante y la encuentro ya frente al portón de la entrada. Hace presión con las palmas de sus manos, con todo su cuerpo. Me concentro en recorrer lo más rápido que puedo los últimos metros que me faltan para llegar a ella.

—Ayúdame a empujar, floja —Me instó divertida cuando me coloco a su altura.

Era bueno saber que al menos una de las dos seguía conservando el sentido del humor.

Lástima que no fuera yo.

Empujamos las dos la pesada puerta de madera y con perplejidad observamos cómo se abre con demasiada facilidad.

—Guau, debes decirme que desayunas —Bromeó Cadence. Aún sonó un poco jadeante por el esfuerzo.

Ni siquiera me molestó en contestar porque mis pies tienen vida propia y ya están cruzando el umbral.

Se me pusieron los pelos de punta cuando apunto con la linterna del celular a mi alrededor.

Pese a su aspecto completamente abandonado era como haber hecho un viaje en el tiempo.

Antes de continuar con nuestra aventura nocturna agarré suavemente de la muñeca a Cadence y le advertí:

—Ten cuidado y fíjate bien donde pisas. Si los suelos tienen más de cuatrocientos años es muy probable que estén deteriorados.

Cadence traga y asiente con la cabeza.

—Entendido.

—Bien, sígueme.

¿Sígueme?

¿En serio acabó de decir eso?

¿Acaso tenía instalado en mi cerebro un *GPS* del castillo?

Las suelas de mis botas de estilo militar apenas hicieron ruido alguno a través de los pasillos que recorriamos en la planta baja. Pude distinguir varias salas abovedadas por encima de altos muros.

En más de una ocasión siento un aliento detrás en mi nuca que me pone la piel de gallina. Descartando a Cadence, que está a mi lado, demasiado entretenida sacando fotos de aquí y allá, me repetí una y otra vez que no era más que una ráfaga de viento que había llegado del exterior a través de las vidrieras rotas.

De cualquier forma, no debería haber venido aquí. No debería haber dejado que me convencieran, pero es como si una parte rebelde de mi siguiera su propio camino, su propio destino, y yo solo me dejo guiar.

Algo en mi interior me dijo hacia la sala exacta a la que debía dirigirme.

El gran salón, el corazón del castillo.

Cuando entré finalmente en ella me sentía abruptamente mareada, como si el mundo girara a mi alrededor mientras obligaba a mis piernas a seguir funcionando.

Lo primero que captó mi atención en la gigantesca habitación es el enorme tapiz que hay sobre la chimenea, pero la luz de mi móvil desde mi posición llegó tan tenue que apenas podía distinguir nada. Me acerqué hacia él para enfocararlo mejor, y cuando lo hago me comienza a doler el corazón de lo rápido y duro que me golpea en la caja torácica.

Traté de respirar. El pánico se tornó espeso dentro de mí.

Reconociendo mi propia imagen en la obra.

Soy yo, pero con el cabello de otro color y vistiendo ropas antiguas.

¿O era acaso alguien que se parecía demasiado a mí?

¿Qué estaba pasando?

¿Qué retorcida broma era aquella?

Mis párpados se sienten de repente tan pesados...

Doy un paso atrás, dos... hasta que mi mano choca con algo duro, sólido, pero agrietado. Quizás se trata de un viejo mueble, no lo sé, ni me preocupé en investigar. No me preocupan ni siquiera los hilos de sangre que comenzaron a escurrir entre mis dedos. Si agudizo los oídos al máximo casi puedo jurar que escucho el goteo de la sangre caer al frío piso de piedra. Probablemente el corte sea profundo y necesite puntos, pero aquella era la menor de mis preocupaciones en ese momento.

—Cadence... —La aludida cruza el espacio que la separa de mí. Puedo sentir su mirada interrogativa sobre mí—. Mira el lienzo.

—¿Qué ocurre con él?

—¿Acaso no lo ves?

Abrí los ojos y la miré directamente solo a ella. No deseé volver a verme en el cuadro y no tener respuestas.

—¿El paisaje pintoresco? —pregunta haciendo más detenidamente una barrida por el tapiz con la linterna de su móvil—. Sí. Es como contemplar realmente una fotografía actual. Simplemente maravilloso —exclama claramente impresionada.

¿De qué diantres estaba hablando Cadence?

Un horrible sentimiento me golpea mientras una abrumadora sensación de terror me consume.

Me siento débil de pronto. Demasiado horriblemente débil cuando intuyendo lo peor me giro lentamente. No puedo dar crédito entonces a lo que mis ojos descubren.

La imagen de la muchacha tan idéntica a mí, había desaparecido y en su lugar había el colorido bosque que mi amiga acababa de alabar.

¿Pero cómo es posible...?

Estoy más confusa que nunca y, por un instante, siento que estoy flotando. Mi cabeza me late con fuerza mientras trato de hallar una explicación razonable y no la encuentro.

Más rápido de lo que mis ojos pueden seguir, Cadence está parada frente a mí, agarrando con fuerza mi muñeca izquierda.

—¿Violet, algo va mal?

—Yo... —Titubeé entre parpadeos sin poder apartar la vista de la obra.

¿Qué puedo decir?

—Mierda, Vi, estás sangrando —La escuchó maniobrar, tirar de su cuerpo como si arrancara de un jalón algo, y como segundos después envolvía mi mano en una tela. Por el tacto imagino que se trata del pañuelo que llevaba en el cuello—. Será mejor que volvamos con las chicas y salgamos de este lugar. Debe verte un médico.

Todo lo que puedo hacer es asentir. Mi garganta estaba apretada del mismo doloroso modo que lo estaba mi corazón. Dios, la simple idea de irme de allí de pronto dolía, se sentía como si me estuvieran quemando con un atizador caliente las entrañas.



CAPÍTULO 04

—KILLIAN DEVLIN—

No había duda. Era ella. Heather. Mi Heather. Desde las sombras la observé dormir sin ninguna vergüenza. Disfrutando del dulce latido cantarín de su corazón. El cual, rebotante de vida, replicaba su vibración en mi alma. Un alma que estuvo muerta por demasiado tiempo, encadenada a una promesa de futuro que no sabía a cuándo llegaría.

Esperándola.

Solo a ella.

Jamás creí que fuera tan difícil. Cuatro siglos años no fueron nunca tan frustrantes como los últimos diecinueve años. Porque sabía que ella vivía, respiraba y existía en alguna parte del planeta, pero no estaba a mi lado. Aún no.

Solo tenía que esperar. Ella vendría a mí, tal como me prometió mi padre, que al verme roto de dolor sobre la tumba de Heather, hizo esa indulgencia conmigo.

La melodía de su respiración era el sonido más glorioso que había escuchado. No recordaba el sonido de la música hasta que escuché su voz. Hasta que se sorprendió al verse en ese retrato al óleo y las primeras gotas de su preciosa y roja sangre fueron derramadas en el suelo. No había conjuros, no había abracadabra. No era un mito o un cuento. Solo era yo, esperando a mi amada. Su mano dañada seguía cubierta con un pañuelo, ella no había ido al médico como su amiga dijo que haría.

Bufé.

Seguía siendo igual de testaruda.

Coloqué mi mano sobre la suya y sentí la energía transmitirse de un cuerpo al otro mientras, ante mis ojos, su herida se cerraba y desaparecía como si nunca hubiera estado allí. Ella se quejó en sueños, casi sintiéndome cerca.

Manipulé su teléfono móvil y el de compañera de dormitorio —la cual continuaría sumergida en un sueño ininterrumpido el resto de la noche y día siguiente—, para eliminar cualquier registro de la visita al castillo de esa noche. La leyenda del vizconde de Stoneworth y de su castillo tenían que seguir siendo, simplemente eso, una leyenda. Una historia que pasaba de boca en boca, de generación en generación, pero que nadie había podido verificar.

Quise reír cuando descubrí las diferentes plantas que habían repartidas por toda la habitación. Sin duda, todas de su *pequeño diente león*. Su pasión por ellas había traspasado incluso los tiempos.

Mis sentidos recién habían despertado del ensimismamiento. Estuvieron atrapados por cuatrocientos años en el dolor, en la pérdida, y lo único que me mantenía vivo era la añoranza. Ella una vez más me devolvió la vida.

En ese instante en que entró en el castillo quise manifestarme frente a ella, pero no quería asustarla. Ella era mía, lo había sido por muchísimo tiempo. Era Heather, la pieza exacta que se necesitaba para romper mi maldición. Ella, la muchacha de suaves ondas rubias y vestimenta extraña que parecía apartarse de aquel grupo de extravagantes doncellas, era la reencarnación de

mi Heather.

Sin poder evitarlo llené mi respiración con su aroma. Olía a hierba fresca y a rocío como la primera vez.

Olía cómo ella.

Su voz, su cara, sus bellos ojos marrones, su atrayente cuerpo de suaves curvas, su esencia... era ella. Salvo el color de su cabello, era exactamente igual a como la recordaba.

Por fin has vuelto a mí, mi pequeño diente de león.

Esperé demasiado tiempo a que este momento llegara cómo para perder un solo minuto más lejos de ella.

No quería estar lejos, nunca más.

No podía. Esta vez las cartas del juego habían cambiado y ella era más que una simple compañera. Estaba vinculada a mí por toda la eternidad.

Nunca agradecí tanto la antinatural relación de mis padres cómo en ese momento, mientras los labios rosas de mi *pequeño diente de león*, se abrían ligeramente para regalarme un suspiro.

Me senté en la cama a su lado observándola con ternura. Ella era mi todo. Aquella pequeña frágil de estructura ósea menuda y bajo peso era mi razón de vivir.

Con paciencia, escuché el suave vaivén de su respiración, inspirándome una paz que había perdido y creía muerta.

Yo estuve muerto hasta que ella reapareció en Hollow Valley.

Se removió en su lecho, dándole algunas patadas a sus cobijas antes de girar su cuerpo, mirando hacia el techo. Ella respiró profundamente, casi como si supiera que yo estaba allí y luego se quedó quieta y tranquila.

Pasaría de nuevo por todo solo por sentir esa emoción y anticipación de tenerla entre mis brazos una vez más.

Tuve que obligarme, detenerme a una pulgada antes de que mis dedos tocaran su blanca piel. Ella era preciosa. Un alma única e irrepetible que había perdido hacía muchos años.

Cerré los ojos al evocar los recuerdos y los sentimientos de absoluta desesperación por la que pasé cuando Heather fue ajusticiada por hechicería por los pobladores de Hollow Valley.

Gente a la que mi familia había dado todo me dieron la espalda. Me traicionaron y se llevaron a la única mujer que había amado alguna vez en mi vida. Roto de dolor y mientras acunaba entre mis brazos el frío e inerte cuerpo de mi amada le juré que la esperaría el tiempo que fuera necesario.

Mi autocontrol fue resquebrajado la noche que descubrí en el claro en el bosque, que había sido testigo de nuestro amor tantas veces, como el marchito diente de león que murió junto a ella volvía a la vida. Aquella era la señal inequívoca de que ella había vuelto, de que había nacido en esta era. Y el anhelo fue creciendo hasta volverse una sombra visible por el castillo que a veces rodeaba mi cuello asfixiándolo de necesidad. Sin pensarlo dos veces incliné más sobre ella para observarla mejor. Le toqué los labios con las yemas de mis dedos. Eran suaves y cálidos al tacto; maleables. Perfectos para besar.

Ni siquiera cuatro siglos años podrían lograr que dejara de desearla. Sus suspiros me incitaban a despertarla con suaves besos y la tela casi transparente que cubría su dorso no me lo estaba poniendo fácil. Menos cuando las puntas de sus rosados y alegres pezones apuntaban directamente hacia mí con descaro. Sin decoro, pero con libertad de plena expresión.

Pero, antes que mis pensamientos pudieran ir más allá, ella abrió los ojos asustada y me observó una ráfaga de segundos antes de sentir angustia y chillar.

Coloqué una mano sobre su boca, presionando tiernamente solo para acallar su grito, pero nunca para hacerle ningún tipo de daño. Jamás podría.

—Shh... mi dulce *diente de león* —murmuré con una voz baja y dura por la falta de uso. Ella me contempló, acojonada—. No voy a lastimarte.

Intentó hablar debajo de mi mano, pero sus intentos eran ininteligibles. No quitaría mi mano. La conocía demasiado bien para hacer una tontería cómo esa. Nunca le había faltado valor o determinación. Sonreí, incluso podía verlos relucir en la profundidad de sus ojos marrones. Se removió furiosa intentando ser artífice de su propia liberación.

Pero ella gritaría e intentaría huir mientras despertaba a todas las mujeres de ese tipo de internado en el que vivía.

Y yo, yo no podía permitirselo.

Ella trató de apartarme, haciendo trampolín con sus piernas en mi pecho para empujarme lejos, pero no tenía la fuerza necesaria y lo único que consiguió fue que, con un simple movimiento, me instalara entre sus muslos abiertos, solo cubiertos con unos pantalones demasiado delgados.

Mi cuerpo cayó contra el suyo, que me reconoció de inmediato cuando la respiración se le hizo dificultosa. Cerré los ojos momentáneamente al encontrar exquisitamente placentero que nuestros cuerpos se tocaran con total osadía en los puntos necesarios para ser erótico. Las puntas de sus pezones se volvieron más tiesas al contacto con mi pecho, su respiración forzada y dificultosa impulsaba su abdomen hacia arriba y el dulce lugar entre sus piernas acogía mi lascivia por ella. Cerró los muslos llevando el trasero hacia la cama, intentando que no nos rozáramos con tanta intimidad.

—No voy a hacerle daño, *cariño mío* —le indiqué esta vez con suavidad.

Pero ella pareció desesperarse con mi cercanía.

Compartimos una lucha sin cuartel, mientras intentaba escapar. Mis manos tocaron la suave piel de su cintura y estuve más que seguro de que mi paciencia tenía un límite.

—¡Auxilio! —gritó con toda la fuerza de su caja torácica en el instante que mi mano resbaló unas pulgadas de su boca.

—*Nunc autem requiem, amica mea*^[1] —conjuré y ella cayó súbitamente dormida en mis brazos—. Descuida. Pronto estaremos en casa.



CAPÍTULO 05

—VIOLET BYRNE—

El cuarto que compartía con Cadence estaba demasiado cálido esa mañana. Eso fue lo primero que se me vino a la mente cuando abrí los párpados aún algo pesados por el largo sueño. Frotándome los ojos con una mano busqué a tientas con la otra mi móvil sobre la mesa de noche. Las puntas de mis dedos se perdieron sobre la aterciopelada suavidad de un colchón que parecía interminable.

¿En qué momento mi pequeña cama individual había triplicado su tamaño?

Salvo que la cama en que estaba fuera de otra persona y no mía...

El sudor frío empezó a deslizarse por mi columna vertebral.

Por favor no.

La posibilidad de haber pasado la noche con *alguien*, de haber hecho algo de lo que seguramente me arrepentiría, hizo que desaparecieran de mi organismo los últimos retazos de sueño y me despertara completa y abruptamente.

La habitación en la que me encontraba iba más allá de una simple decoración *vintage*. La cama con dosel, los muebles de estilo barraco, las cortinas y colcha bellamente bordada en lo que sospechaba serían hilos de oro... todo, absolutamente todo, parecía extremadamente lujoso y sacado de una época ya remota de la historia. Sin duda, aquella podía haber sido fácilmente la recámara de un noble, un estatus del que yo carecía, y sin embargo me resultaba extrañamente familiar cada pequeño detalle que había en ella.

Oh Dios...

Estaba tan conmovida y asustada que podría morirme de miedo en este momento.

Incapaz de manejar toda la gravedad de mi situación actual obligué a mi cerebro a desconectar en un acto de auto conservación. Las respuestas a mis preguntas tenían que esperar porque mi principal preocupación en esos momentos sería salir pitando de allí.

Aparté las mantas con brusquedad, y comprobé con alivio que aún vestía el viejo pantalón y camiseta que solía usar a menudo para dormir.

Bien, aquello era una buena señal.

Creo.

—Heather —pronunció de repente una voz masculina con tanta intensidad que mi corazón y mis pulmones se congelan detrás de mis costillas.

Me quedé petrificada en medio de la cama cuando de entre las sombras se materializó ante mí un hombre imponente. Era como un fantasma, como una presencia de otro tiempo. Tenía un cuerpo grande, fuerte, bajo un pantalón y camisa oscura, al igual que el lazo aflojado en su cuello, y me miraba minuciosamente, sin ninguna expresión, sin moverse, con una turbadora calma.

Su enorme presencia, por sí sola, envió un hormigueo de expectación a través de mi piel.

Pero, ¿expectación de qué?

Esto no tenía ningún maldito sentido.

Sin embargo, había algo en la forma en la que me miraba y decía mi nombre... algo que era

íntimo y violento al mismo tiempo.

Parpadeé.

Un momento, ¿mi nombre?

Me llamo Violet, no Heather.

¿Y por qué me parece tan conocido? ¿Dónde lo he oído antes?

Algo está mal en mí y no sé qué rayos está pasando.

Realmente Hollow Valley debía estar maldita o estaba sufriendo de alguna jodida ensoñación. Quizás anoche, en la fiesta de Samantha, alguien había metido en mi copa alguna droga y aún estaba padeciendo sus efectos.

Con brazos tan débiles que bien podrían ser de goma, me las ingenio para poner en funcionamiento mis miembros inestables mientras de reojo examino el candelabro que descansa sobre la cómoda. Debo conseguir ponerme de pie y luchar para escapar. Para poder vivir. Pero necesito un arma para defenderme. No tengo una pistola, pero tal vez el portavelas podría servir...

Mis pies ni siquiera han tocado la preciosa alfombra persa cuando un grito me salió de mi garganta. Dos manos me han empujado de vuelta a la cama y la parte posterior de mi cuerpo queda aplastada contra el mullido colchón cuando mi parte delantera queda cubierta completamente por el cuerpo intimidante de mi captor. Mis pezones despertaron vergonzosamente cuando el pecho de aquel demonio desconocido conectó con el mío.

Y no puedo reaccionar ni pensar con claridad, no con él encima de mí...

No con la forma en que me mira.

Mis fosas nasales captan inmediatamente el aroma de su piel. Huele a campo purificado tras una furiosa tormenta, a agua, a tierra limpia. Huele maravillosamente. *Como siempre.*

¿Cómo siempre?

Me lamo los labios secos y los ojos de mi asaltante se fijan en mi boca. Luce como si quisiera besarme... y esa posibilidad me afecta más que la idea de que me mate.

Resistiendo el impulso de retorcerme, respiro profundo y calmado, y digo:

—¿Por qué me has traído a este lugar? ¿qué quieres de mí? —Mi voz se quiebra, a pesar de mis mejores intenciones.

Mi captor presionó un beso en mi frente y después deslizó los labios hacia mi oreja:

—Lo quiero todo, Heather.

—¡No sé por qué estás haciendo esto, pero te equivocas de persona! —Insistí. Tragué nerviosamente y rezo para que crea lo que voy a decir—. No soy Heather. Me llamo Violet. Violet Byrne —digo rápidamente antes de perder los nervios.

Cuando se queda mirándome, siento la necesidad de añadir:

—Ha habido un error, ¿vale? Pero si me dejas ir prometo que no le contaré a nadie.

Un *tic* palpita debajo del rastrojo oscuro en la mandíbula rígida del sujeto sobre mí. Tiene los párpados cerrados ahora y respira profundamente, sus fosas nasales se ensanchan de nuevo cuando lo suelta.

No puedo decir si está aceptando mis palabras o si está tratando de perdonarme la vida.

Cuando sus ojos se abren de nuevo finalmente, después de unas cuantas respiraciones, estoy convencida de que es definitivamente lo último.

—¿Vas... vas a matarme? —tartamudeo ante la sola idea.

—Nunca.

—Entonces vas a...

Las palabras mueren en mi boca cuando siento la nariz de mi asaltante arrastrarse suavemente por mis mechones, por la suave piel de mis mejillas arboladas y calientes. Tengo tanto miedo de moverme ahora mismo, tanto miedo de hacer algo que lo provoque, que hasta mis pulmones dejan de llenarse de aire.

—Podría hacerte mía en este mismo instante. Ahora mismo podría hacer contigo lo que quisiera. Lo que deseo. Ha pasado tanto tiempo... Te he extrañado tanto —Alcanzando el hueco de mi garganta, él respira profundamente y luego gime—. Sigues oliendo igual después de todos estos siglos...

Un quejido se va construyendo en mi interior mientras su nariz golpea contra mí de nuevo y arrastra su cara hacia arriba para respirar en mi cabello.

—¿Qui... quién eres?

Mi bello secuestrador sacude la cabeza lentamente, casi con tristeza, mientras con un movimiento elegante tomó una de mis manos sin darme tiempo apenas a reaccionar y, desabrochándose los listones de la camisa, la colocó sobre su pecho y apretó con fuerza contra su piel caliente. Abrí de par en par los ojos. Puedo notar la firmeza, los músculos de su cuerpo bajo mis finos dedos, noto el latido de su corazón.

—Sabes perfectamente quién soy, *pequeño diente león* —La misteriosa sensación de familiaridad crece cuando me llama con aquel cariñoso mote, pulsa detrás de mis sienes y me sacudió hasta el infierno.

—No... ni siquiera te conozco. Es imposible... —Pequeños flashes de la noche anterior me bombardean. Yo estando en mi cuarto del campus, dormida. Yo siendo despertada por un intruso, mi mano milagrosamente sanada... Entonces lo sé. Las piezas del puzle encajan. Pero como si necesitara una verificación levanto vacilantemente la mano izquierda a la altura de mis ojos y la examino. No hay rastro de ninguna herida. Ni la más insignificante cicatriz. Todo fue real—. Tú estabas anoche en mi habitación... Tú curaste mi mano... Tú... ¡Tú me secuestraste! ¡Por eso estoy aquí!

—Estás aquí porque me perteneces, porque eres mía. ¡Porque llevo más de cuatrocientos años esperándote! ¡Padeciendo una auténtica tortura con cada día transcurrido sin ti! —A pesar de sus duras palabras, puedo escuchar el crudo dolor en su tono despectivo. Escuchar la fragilidad de su corazón.

—No puedes ser Killian Devlin, el vizconde de Stoneworth, ni yo Heather Saint Jones —Sacudo la cabeza porque nada de esto tiene ningún sentido—. No, no puedes ser real. Eres solo una leyenda —Todo parece tan extraño y descabellado, pero es la única explicación que se me ocurre por el momento.

Él sujetó mi cara con ambas manos y se inclinó para besarme en la comisura de los labios.

—Mi *pequeño diente león*, en lo más profundo de tu mente sabes que soy más que solo una maldita leyenda.

Los dos estuvimos en silencio por un largo momento y casi juraría que podía escuchar su corazón latir. Su rostro es tan hermoso y aterrador al mismo tiempo que bien podría ser el hijo de *Satanás*. Cuanto más lo contemplaba más incapaz soy de moverse. No necesita poner cadenas en mis muñecas y tobillos para retenerme, sus sorprendentes ojos violáceos me mantienen atrapada, cautiva. Es un hechicero. Es el brujo que los antiguos pobladores de Hollow Valley tanto temieron.

Noto cómo la preciosa criatura, el *ser* que muchos forasteros creían firmemente no era más que un mito, se incorpora y se aparta de mí. Se aleja delicadamente hacia la enorme bañera de

mármol junto a un biombo que ocupa otro de los rincones de la habitación. Se acuclilla sobre ella y acaricia con las yemas de los dedos la superficie cristalina. Contemplo atónita como súbitamente el vapor caliente comienza a emerger del agua y se entremezcla con la fragancia de sales y flores.

¿A calentado el agua con un simple toque de sus dedos?

—Te preparé un baño caliente y te traje algo para comer. Pensé que estarías hambrienta — comentó con apenas un leve murmullo cuando se enderezó en todo su espléndido tamaño. Es muy alto.

De reojo miro la bandeja con comida que está a no mucha distancia de mí, sobre la mesa camilla. Tiene una pinta fantástica. Mi estómago gruñe ante el aroma de lo que probablemente sabrá delicioso. ¿No he comido nada desde cuándo? ¿Desde esta mañana? No, fue anoche.

Un frío brillo de sudor humedeció mis palmas, mi espina dorsal. Estaba temblando por dentro, pero de alguna manera me las arreglo para sentarme en medio de la cama y no desmayarme. Todavía no parecía real que algo así pudiera suceder.

Sigo con recelo los movimientos del vizconde de Stoneworth por la recámara. Contengo el aliento cuando se detiene junto al espacioso armario y lo abre. Lo observo echar un vistazo rápido y sacar un abultado montón de tela negra. A continuación, lo extiende con suma delicadeza sobre la cama, a mi lado y descubro que es un vestido. Instintivamente mi mano voló hacia él y acaricié casi con absoluta devoción la delicada prenda. Era de encaje negro con un pronunciado escote en V y mangas acampanadas. Parecía clásico como el de una princesa gótica renacentista.

Curiosamente me gusta y una parte de mí se muere por ponérselo.

Como tantas otras veces hice.

—Era uno de tus favoritos.

Al oír aquello mi corazón saltó a mi garganta y mi estómago se apretó. Alcé la mirada y me topé con sus impactantes ojos violáceos. Me estaba acostumbrando demasiado rápido a tener todo el tiempo su enfoque clavado directamente en mi cara, observando mi expresión.

— He... Violet — dijo mi nombre tan suavemente que casi no la escuché — . Te daré un poco de privacidad para que cubras tus necesidades básicas. Te espero en media hora en el invernadero.

— ¿Y cómo pretendes que llegue hasta allí? — Podía sentir el calor del rubor en mi rostro — . ¡Este castillo es inmenso!

Killian Devlin, el vizconde de Stoneworth me premió con la sonrisa más cegadora que jamás me habían regalado, que iluminó su cuerpo como si fuera un castillo de fuegos artificiales el cinco de noviembre.

— Estoy seguro de que encontrarás el camino sin problema.



CAPÍTULO 06

—KILLIAN DEVLIN—

Tal c ó mo predije, mi peque ñ o *diente de león*, se reuni ó conmigo en la estancia indicada. La observ é atravesar el arco ovalado de la puerta interior con timidez, mientras sus ojos hac í an cuenta de cada florero, escultura y pintura al ó leo de la decoraci ó n.

—Veo que, a pesar de todas las quejas, lograste encontrar el camino correcto después de todo —murmuré con guasa mientras sonreía suavemente y sus ojos marrones se giraban hacia donde me encontraba, de pie, esperándola. Una de sus manos se aferraba a la tela de su vestido c ó mo a una balsa en medio de un naufragio. Casi esperando mi aceptaci ó n sobre su aspecto. Parpadeé suavemente, y me tomé un indecoroso y extenso tiempo para deslizar mi mirada por cada curva de su cuerpo. Me recordó a la primera vez que vistió su desnudez con los elegantes ropajes de finas telas, encajes y gasas que mi alta posici ó n aristocrática podía permitirse. Ella me había contemplado con los mismos ojos reacios, pero necesitados de admiraci ó n. Tímida y callada, pero expectante. Justo c ó mo en ese momento —. Te ves deslumbrante c ó mo siempre, querida.

Oí c ó mo sus pulmones soltaban el aire que había estado reteniendo a la espera de mi aceptaci ó n.

—Gr...Gracias —musitó suavemente, pero el violento rubor de sus mejillas me indicó que a diferencia de muchas otras mujeres ella no era muy dada a recibir elogios.

Violet era Heather. Heather vivía en Violet.

No entendía c ó mo ella no podía comprenderlo. Me dijo, al despertar, que estaba confundido. No lo estaba. Nunca con los sentimientos que tenía hac í a ella.

Una vez, hace mucho tiempo, deje pasar los días y las horas pensando que tenía una eternidad para hacer las cosas. No lo tuve. Tuve una eternidad de soledad hasta que ella volvió a mí y no iba a desaprovechar ninguna oportunidad. Ninguna.

No me importaba ir rápido.

No me importaba acorralarla.

Estiré los dedos de mi mano derecha, mostrándole la palma enguantada en cuero negro. Ella me miró en pleno conflicto mental; pero al ver mi determinaci ó n lanzó un suspiro y colocó su mano sobre la mía.

—No soy un chiquillo, querida. Yo no vacilo —le indiqué respondiendo a la pregunta en su rostro y sonando más duro de lo que pretendía mientras cerraba mis dedos sobre su mano—. Tú siempre serás lo más importante para mí, ¿entendido?

La vi asentar intentando ocultar su rostro. Antes de que lograra su cometido pude vislumbrar la guerra que se estaba desatando en su interior entre el conocimiento y la incredulidad. Una parte de Heather, una débil llama, que mientras estábamos en nuestra alcoba no había existido, ahora ardía suavemente haciéndola creer que todo lo que estaba pasando era verdad. Posible, imposible.

Besé el dorso de su mano, fijándome especialmente en sus uñas negras.

—Lo siento yo... yo suelo llevarlas de ese color —murmuró. Asentí.

—Si es lo que a ti te gusta, puedo amoldarme, *diente de león* —respondí.

Ella sonrió y ese simple acto casi me hizo olvidar la excelente crianza que recibí.

Yo solo ardía en ella y por ella.

Pronto... muy pronto... Me prometí. Aún existían muchas cosas que debía recordar, porque la quería completa, física y mentalmente, cuando por fin la tuviera de nuevo en mi cama.

—Hay algo que sigue sin quedarme claro —dijo de pronto—. Bueno, hay muchas cosas que no me quedan claras, pero en el transcurso de la habitación hasta aquí no pude evitar notar que tu castillo está en perfectas condiciones —Frunció el ceño—. No entiendo cómo es eso posible. Anoche estuve aquí y estaba en penumbras, tinieblas y en muy mal estado y hoy parece en toda su gloria.

—Soy medio demonio y dentro de mis múltiples habilidades está el ilusionismo. Tus amigas y tú vieron lo que yo quería que vieran. Esa habilidad ha permitido también que nadie tomé posesión de la construcción —expliqué. Midiendo cada una de sus expresiones faciales para ver su reacción.

—¿Eres... eres un demonio? —preguntó sin alterarse en lo absoluto. Solo arriscó la nariz y contrajo las cejas ligeramente sorprendida.

Esperé un poco a que dirigiera mis palabras. Ella no parecía asustada, pero sí intrigada.

—Cuando mi madre no pudo tener hijos, luego de intentarlo por muchos años, hizo un pacto antinatural con un *ser* demoníaco y nueve meses después, nací —proseguí.

—¿Eso quiere decir que eres un ser sobrenatural? —cuestionó casi clavada en los suelos de madera.

—Soy un humano con características especiales —apunté—. Entre otras cosas, puedo controlar algunos elementos, crear ilusiones y materializarme en cualquier plano.

—¿Así es cómo entraste en mi habitación?

Asentí confiadamente.

—Del mismo modo cómo te traje aquí.

—Vale —aceptó, y aunque parecía un poco confundida, aún no había salido corriendo por la puerta y eso era un buen indicativo.

—Es la primera vez que te cuento esta historia y aún no has corrido lejos de aquí —La mueca que se dibujó en mi rostro fue el intento de una sonrisa—. Esta vez, quiero que lo sepas todo. Para mí también fue una sorpresa. Desconocía el alcance de mis poderes y la condición real de mi nacimiento hasta la noche en que mi padre apareció a mi lado en tu tumba y me hizo el regalo de esta maldición.

—Sin duda es sorprendente, pero dada la condición de tu hogar y el que parezca que no envejeces, no se me hace muy humano. Muy, normal —comentó tragando con fuerza antes de reconocer sus acciones—. Y quizás tengas toda la razón del mundo y deberían darme mucho miedo tus palabras, pero no lo hacen. Por algún motivo no lo hacen. No estoy asustada —Hizo un pequeño mohín—. Quizás estoy más de manicomio de lo que siempre pensé.

—Nunca dejas de sorprenderme, mi amor. Ven, Heather, quiero mostrarte algo —urgí, mientras tiraba un poco de ella para que me siguiera. Al atravesar el estrecho pasadizo una luminosa estancia se abrió ante sus ojos y solo pude ser el espectador que, en la primera fila del teatro, disfruta de una excelente interpretación.

La solté suavemente mientras su femenino andar la llevaba con añoranza hacia el invernadero de la construcción.

Solo observé su reacción. Estaba encantada con cada una de las plantas que conformaban la

extensa jungla del recinto. Andaba dos pasos y se detenía en cada una de las flores, hierbas aromáticas, medicinales, de consumo, helechos y demás variedades. Les acariciaba las hojas y hablaba con ternura, casi cómo una madre reconociendo a sus retoños.

—Este lugar es hermoso, Killian —susurró mirando hacia los alrededores. Me apoyé en su antigua mesa de trabajo porque era la primera vez que escuchaba mi nombre en sus labios. El corazón se me detuvo.

Quería volver a oírlo.

Lo necesitaba con fiereza.

—Repite lo que dijiste —ordené.

Ella frunció el ceño, extrañada, pero cumplió con mi demanda.

—Es un lugar hermoso... —Lo esperé, lo anhelé, pero no lo dijo.

—Repite tu línea completa —gruñí perdiendo la paciencia.

La muchacha se sobresaltó y dio algunos pasos hacia atrás.

—¿Qué? —preguntó—. No comprendo a dónde quieres llegar. Eso fue lo que dije.

La verdad me golpeó.

Heather utilizó mi nombre de pila sin darse cuenta y yo me estaba mostrando aterrador para ella solo por el deseo de volverla a oír. Debía intentar controlarme. Ser un poco más paciente. Darle tiempo para que se amoldara al nuevo conocimiento.

—¿Te encuentras bien? —preguntó y su voz sonó casi preocupada.

—Lo estoy, cariño —respondí suspirando.

En silencio, observé como recorrió las yemas de sus femeninos dedos por la madera suave pero resistente que sostenía algunos ramilletes de plantas secas.

—Este es romero, hierbabuena, manzanilla, melisa, tila y salvia —me informó, un poco incrédula de lo que iban descubriendo sus ojos—. Tengo las mismas plantas en mi habitación en el campus, salvo por la melisa y la salvia. Ambas necesitan de una condición solar de la que no dispongo. Y aunque podría criarlas igual, no lograrían desarrollar todo su potencial. Al igual que las suculentas.

Ella siguió hablando sobre varios tipos de plantas que estaban allí. Hablaba con bastante soltura y sapiencia sobre las propiedades medicinales de cada hierba. Se la oía repentinamente relajada. De pronto, abrió el cajón secreto del escritorio y extrajo unas botellitas.

—Vaya... Valeriana —indicó, pero guardó silencio.

—¿Qué sucede? —cuestioné, dejando los guantes sobre la mesa, al darme cuenta del cambio que se había operado en ella.

—¿Por qué insististe en venir hasta aquí? —inquirió con voz baja.

—Porque este es tu lugar preferido del castillo —resolví avanzando hasta ella, pero deteniéndome a una distancia cordial; segura—. Eras muy desdichada cuando el invierno te impedía salir al bosque a cuidar de tus amadas plantas, por lo que mandé a construir este lugar exclusivamente para ti —Violet se giró a contemplarme con sus grandes ojos marrones sorprendidos—. Aquí eras feliz. Podías seguir haciendo lo que más amabas, que tus plantas salvaran las vidas de los niños y niñas del *pueblo* —No pude evitar escupir la última palabra.

Sí, ella salvaba a los críos de los campesinos mientras ellos tramaban su muerte.

—Es maravilloso, gracias —susurró—. Es increíble que logran mantenerse tan bien luego de tanto tiempo.

—Las cuidé para ti —respondí con un nudo en la garganta—. Las cuidé cada día por ti, porque sabía que el día que regresarías, te harían feliz.

—Oh... —susurró—. Killian, yo...

Acuné su rostro entre mis manos mientras nuestras miradas se conectaban en una comunicación de almas. No sabía si es que tenía una, pero si la tenía, Violet la encontraría. Mis dedos cayeron hacia su cuello y empujé hacia su espalda la cortina de ondas rubias. Ella elevó su cuello, permitiéndome hacer y deshacer a mi antojo.

Una vista rápida a su cuello me apuñaló el corazón. Violet tenía unas marcas ligeramente más claras que su piel a la altura del cuello. Casi cómo una gargantilla de varias vueltas.

—Que te sucedió aquí —pregunté, porque, aunque la conociera desde hacía mucho tiempo no tenía todas las respuestas.

—No lo sé —negó—. Es una marca de nacimiento, supongo.

No, no lo era.

Aquella mancha en su piel era un recordatorio de lo que sucedió en el pasado. Mis dedos acariciaron su piel por varios segundos que parecieron interminables.

—Te ahorcaron —respondí con la bilis burbujeando en mi interior y deseando salir de mi cuerpo cómo la más potente cicuta—. De la manera más horrenda posible —gruñí furioso. Mis ojos relampaguearon, pero mis manos fueron suaves y cálidas al tocarla—. Ellos te hicieron daño. Sentí tu agonía en mi pecho, mi amor, pero no pude salvarte —Con los ojos cerrados escondí mi más grande vergüenza—. Lo siento, Heather... Lo siento mucho, Violet.

Abrí mis velados ojos para recibir el castigo que me merecía por mi estupidez, pero los ojos marrones de mi pequeño diente de león solo me devolvieron calidez.

—No fue tu culpa. No te atormentes más por eso, por favor, Killian —murmuró con el suave timbre de su voz y los ojos cristalinos por las lágrimas contenidas.

Mis dedos acariciaron sus labios con gula. El calor de aquellas rosadas motas húmedas y resbaladizas era mi hogar y me estaba llamando. Violet parpadeó varias veces y se relamió los labios mientras sus inocentes ojos estaban hipnotizados por mi mirada.

En ese momento fui solo un hombre deseando a una mujer. Salivándome por la necesidad de besarla. Mi cuerpo autónomo dio un paso hacia ella, desobedeciendo cualquier indicación de mi cerebro. Junté mi nariz con la piel de su cuello y aspiré su dulce aroma mientras ella temblaba.

Mi lengua recorrió el delgado tallo de su cuello de abajo hacia arriba y Violet soltó un suspiro sensual mientras sus palmas calientes se instalaban contra mi pecho. Rodeé su cintura con una de mis manos para acercarla a mí y la enclenque barrera femenina fue destruida con rapidez.

Antes de que me diera cuenta, amortigué los gemidos femeninos con mis labios y ella me recibió con calidez e inocencia. Mi beso fue hambriento y salvaje, allí donde Violet era tierna e iba con mucha cautela. Ella era el jinete, mi dueña, y yo solo un brioso caballo que buscaba agua en el desierto.

Mis manos se aferraron a su cintura y la apreté, haciéndose que se arqueara para y contra mí. Frotando sin ninguna vergüenza sus pezones duros contra las definidas líneas de mis pectorales. Obligándola a arrastrar su tembloroso estómago contra mi abdomen. Incrusté mis dedos largos en su hermoso cabello rubio e iré de ella para profundizar el beso. Para catarla con mi lengua y profanar su húmeda cavidad.

Ella jadeó, en un frenético movimiento.

Vagué aún más con las palmas de mis manos cuando dejaron su cintura. Apreté y amontoné la tela de su vestido sin tener ninguna intención de soltar sus caderas. Solo quería quitarle ese vestido. Meter mis dedos en los lugares necesarios para hacerla sentir bien y que los gemidos que se escapaban de sus labios fueran más intensos y placenteros.

Cuando mi mano llegó a su trasero, buscando las riquezas prometidas a los conquistadores, Violet apretó sus deliciosos muslos, su estómago y su coño. Pude oler la deliciosa fragancia de su lujuria burbujeando hacia la superficie. Supuse que su coño estaría húmedo y sus muslos apretados le causarían un básico placer.

Quería mi boca allí, con mi lengua jugando con la perla entre sus pliegues.

Me separé de ella y deslizó el húmedo músculo por la piel al rojo vivo de su cuello. Mordiendo, marcando. Sentenciando un futuro en el que solo fuera mi cuerpo quien le diera placer.

Sin perder más tiempo mis manos aprietan su trasero y la impulsan hacia adelante. Violet enroscó sus brazos alrededor de mi cuello mientras devoro su boca; famélico de su sabor.

Mi única intención era beber de ella hasta que el tiempo se hiciera nulo en el infinito y volviera a comenzar desde el principio.

Ella se siente tan natural, tan rendida al placer que apoyo sus nalgas sobre su mesa de trabajo, lanzando todo por los suelos.

—Rodéame con tus piernas ahora —gruñí con la voz engolada por la necesidad.

Mientras ella cumple mi orden sin rechistar, chupo su labio inferior hasta hacerlo todo resbaladizo, hinchado y dolorido. No puedo evitar morderlo con los dientes y tirar de él hasta hacerla estremecer por la brusquedad.

Ella se sacude y gime fuerte. Le gusta.

Tiro de ella cómo una marioneta mientras hago lo mismo sobre su pecho, en uno de sus pezones.

—Dulce e inocente cómo un conejo; pero a la vez licenciosa y caliente —Le susurro a la altura de su oído mientras mis dedos rebuscan entre los faldones su tierna carne.

De pronto me frustra que lleve sus vestidos de antaño. La preferiría libre en esos pantaloncillos delgados y manipulables en los que le gusta pernoctar. Quiero tener total y completo acceso a ella, a su cuerpo y a su corazón. Siempre.

—¿Te gusta, pequeño *diente de león*? —susurro.

—Sí —asiente con la necesidad de dar una respiración completa.

—Cuatrocientos años.... Cuatrocientos malditos años soñando con el día en el que por fin volviera a follarte.

La muchacha entre mis brazos de pronto se congela e intenta alejarse. Le permito hacerlo porque sé que lo necesita. Puedo retenerla, tengo el conocimiento sexual de su cuerpo o la fuerza para hacerlo, pero no quiero. Necesito que ella venga a mí por voluntad propia.

La quiero deshilvanada de placer mientras su mente acepta y reconoce que siempre ha sido mía.

No voy a aceptar nada menos.

Pasé una mano por mi rostro y por mi cabello mientras veo cómo escapa acalorada y más confundida que nunca.



CAPÍTULO 07

—VIOLET BYRNE—

Puedo escuchar el sonido de hojas crujientes bajo mis pies mientras deambulo sin rumbo por el bosque. No pretendo escapar. Sé que nunca podría hacerlo sin la bendición de mi captor. Él es un *ser* sobrenatural con poderes y yo una insignificante humana. Solo quiero liberar un poco de la tensión que he ido acumulando dentro de mí desde el día anterior. Solo quiero que esa tensión salga a la superficie y finalmente, *finalmente* tenga la oportunidad de relajarme para poner en orden mis pensamientos.

Por la tranquilidad que allí se respiraba podía oír el delicioso rumor del arroyuelo que cruzaba el valle. Parpadeé. ¿Cómo sabía aquello? ¿Cómo rayo conocía tan bien cada palmo de aquel bosque?

Que Dios me ayude, estoy perdiendo la cordura.

He pasado por mucho en las últimas veinticuatro horas y necesito desenredar los cables que se han cruzado en mi cerebro.

Sé que no me he alejado aún lo suficiente del castillo cuando llego a un precioso claro con un lago de aguas cristalinas. Lo primero que llama mi atención es el insólito diente de león que corona aquella hermosa estampa. El mundo se siente de repente como si estuviera al revés y yo colgara al revés con toda la sangre corriendo a mi cabeza.

Los reconozco.

He soñado con ese espacio natural y esa flor desde que alcanza mi memoria.

Tiemblo y me abrazo con un brazo en la cintura. Mis entrañas se enroscan más que un muelle de acero, y miro el suelo bajo mis pies para evitar que se mueva.

—Todo vuelve al punto de partida, ¿no es cierto? —comentó a mis espaldas una voz ronca y demasiado familiar a esas alturas, su mano encontrando la mía libre y apretando hasta que me vuelvo hacia él.

Killian Devlin, el vizconde de Stoneworth, estaba allí, junto a mí, y no me suelta la mano cuando intento alejarme. Aun así, conservé cierta apariencia de aplomo. Sus dedos se aprietan con los míos como una trampa de acero, y hace un zumbido en su garganta.

—Aquí fue donde nos conocimos hace más de cuatrocientos años. Tú te habías colado en mi propiedad para recoger unas plantas que solo crecían en este lado del estanque —explicó, tirando de mí más cerca y sujetando nuestras manos entre nuestros pechos—. Te habías quedado tan fascinada contemplando el hermoso diente de león que había crecido solitario en medio de las demás hierbas, ajeno al resto de las coloridas flores, que ni siquiera notaste mi presencia. Y yo te contemple maravillado por largo tiempo.

Como si hubiese pronunciado justo las palabras mágicas, de pronto, recuerdo ese día como si fuera ayer.

Mi cabeza dio vueltas. Todavía tratando de encontrar cualquier lógica a toda aquella locura, queriendo ignorar mi instinto. Estas cosas sobrenaturales no suceden. No pueden ser reales.

Pero lo son.

Mi estómago cayó y las lágrimas se acumularon en mis orbes marrones. No pude seguir

mirándolo después de negarle tantas veces *la verdad*. Desciendo la visión hasta el pecho de Killian y me doy cuenta de cómo se mueve bajo mi mirada. Dentro, fuera, dentro. Juro que puede sentir el calor de sus ojos sobre mí, sobre mi cuerpo, quemando mi ropa, y mis malditos pezones reaccionaron involuntariamente.

La palma de su mano encontró de repente mi mejilla y su pulgar trató de borrar la evidencia de mis lágrimas.

Totalmente ruborizada y avergonzada miré hacia arriba con la esperanza de que él no se hubiera dado cuenta, pero lo que encontré fueron sus ojos violáceos y dilatados clavándose en los míos. También me sorprendió encontrar en sus ojos lágrimas no derramadas.

Mi corazón comenzó a latir como un martillo neumático en mi pecho, como un tambor de guerra golpeando contra mis costillas.

Cuanto más nos mirábamos el uno al otro, más corría la sangre por mis venas y la presión en mi cuerpo se volvía casi insoportable. Sabía hacia dónde se dirigía esto y extrañamente estaba de acuerdo con ello.

— Te he extrañado tanto, mi *pequeño diente de león* — declaró Killian, dejando escapar una profunda exhalación, envió corrientes de calor prohibido que me atravesaron. Sus palabras son feroces, intensas e inquebrantables.

Deslizó entonces una mano sobre mi cabello rubio y lo agarró suavemente, para poder inclinar mi cabeza hacia atrás como deseaba. No lo detengo cuando baja la boca hacia la mía y pasa su lengua por mi labio superior y luego hace lo mismo con el inferior, para finalmente culminar con un apasionado beso.

Sabe familiar, como a cielo e infierno.

Sin pensar demasiado en lo que hacía, levanté mis manos y recorrí sus fuertes brazos, tratando de acercarlo más. Lo besé como si mi vida dependiera de ello, como si estuviera perdiendo esta batalla y la única forma de sobrevivir, de ganar, fuera besándolo. Y supongo que eso era cierto en todos los sentidos de la palabra.

Con nuestros cuerpos presionados juntos y el calor aumentando con cada segundo que pasaba, nos besamos hasta que ambos estuvimos jadeando por aire y salimos a buscarlo. El aire salió de mis pulmones como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago. Ni siquiera podía moverme y mucho menos formar una palabra coherente. Estaba sin aliento, pero necesitada, con ganas de más. La sensación de su dureza a través de la ropa frente a mi suavidad y de su masculinidad frente a mi feminidad, me volvía loca de excitación.

Como si Killian leyera mis pensamientos y se burlara de mi impaciencia, movió su boca a lo largo de mi mejilla, sobre mi mandíbula y escaló por mi garganta. Succionó mi punto de pulso, repasó con la lengua la casi invisible marca de nacimiento que tenía allí. *La marca de la horca*. Me negué a pensar en eso y me concentré de nuevo en la sensación de su boca sobre mí, en los sonidos enloquecedores y adictivos que provenían de él, de mí. Quería que este momento fuera a cámara lenta, para absorber cada segundo y poder tenerlo arraigado en mi cabeza como un grabado.

— Te mantendré para siempre — prometió apoyando su frente en la mía, exhalando bruscamente.

Sus manos son codiciosas y están por todas partes en mi cuerpo. Cuando sus dedos comienzan a liberar hábilmente las cintas de mi corsé hago lo impensable. Tiró de los botones de su camisa. Quiero verlo sin nada. Quiero sentir su piel contra mi piel. Ambos estamos persiguiendo el momento tan rápido, que no nos detuvimos a pensar. Simplemente lo hacemos.

Los siguientes segundos fueron un salvaje desgarramiento y arrastre de telas y materiales que acaban por el césped, dejándonos a ambos completamente desnudos.

Todo acerca de estar con Killian Devlin parecía correcto en esos momentos.

Killian extendió nuestras ropas por el suelo para hacer un improvisado colchón para que nos tumbemos. Hacía frío, pero cuando él se reunió conmigo y se cernió sobre mí la temperatura aumentó unas décimas. Me mareo y me caliento y tantas otras cosas en las que mi mente apenas puede concentrarse.

Cuando siento su polla rígida palpar contra mi vientre, por instinto, lucho por apartar a Killian y escapar de la cárcel de sus brazos. Jadeé frustrada cuando no consigo moverlo ni un gramo.

—Shh, no pasa nada. Confía en mí —Me animó él, agarrando una de mis manos y llevándola hacia su erección. Lava líquida y caliente se acumula entre mis muslos ante la idea de sentir aquella barra hirviendo y dura como el metal dentro de mí.

Un gemido profundo de satisfacción rasgó la boca de Killian cuando empecé, tentativamente al principio, a tocarlo cuidadosamente, rozando la punta de mis dedos a lo largo de su piel tensa.

Disfrutando del peso de su masculinidad en mi palma, trabajé su longitud con mi puño lo mejor que pude, intentando recordar lo leído en artículos. Me sentí más segura cuando la mano de Killian cubrió la mía y me mostró cómo bombear correctamente con mi puño a lo largo de toda su longitud.

Mi deseo quemaba cada vez más. La humedad entre mis piernas era imposible de ignorar mientras mi interior se apretaba violentamente.

Él estaba bien dotado, y quería saborear en mi boca y sentir dentro de mí cada centímetro caliente de él. Pero era nueva en absolutamente todo lo relacionado con el sexo. Dios, ni siquiera había besado a un chico hasta Killian.

—Así que nada ha cambiado. Sigues siendo completamente mía —murmura con una semi sonrisa de autocomplacencia, apoyando su mano grande sobre mi vientre bajo. Me estremezco ante su toque, escalofríos estallando sobre mi cremosa piel.

—¿Pu... puedes leer mis pensamientos?

—*Pequeño diente de león*, son más escandalosos que tus gritos cuando te hacía el amor.

Un fugaz recuerdo que había quedado grabado en mi mente pasó velozmente por mi mente. Pero tan pronto como viene se va. Éramos Killian y yo, en ese mismo claro haciendo el amor y yo siendo vergonzosamente ruidosa mientras recibía las salvajes acometidas de mi amado. Ahora estábamos a punto de crear un nuevo recuerdo, uno de muchos esperaba.

—Tan mía —comentó, arrastrando los dedos más allá de mi ombligo y más arriba, hasta que palmear el pesado peso de mi pecho en su mano. Un zumbido bajo escapa de mis labios cuando bajó la cabeza y capturó uno de mis pezones entre los dientes y lo mordisquea tiernamente.

—Killian... —Mi voz entrecortada, llena de necesidad, solo puedo sentir cómo la experta lengua masculina trazaba círculos antes de tirar de mi pezón en su boca para chuparlo con fuerza.

—Tus senos continúan siendo igual de sensibles.

Respiré hondo, inhalando su aroma sexy mientras él enviaba su mano libre en una misión de exploración. Hacia abajo por mi estómago plano y todavía más abajo, hasta que ahuecó el espacio caliente y húmedo entre mis muslos. Me arqueé ante su hábil toque, y me retorcí, gimiendo en el proceso, cuando deslizó dos dedos sobre mi hendidura cremosa.

Todo era demasiado. Él venía hacia mí desde todas las direcciones, incendiando todos mis sentidos a la vez. La sensación de su lengua sobre mi piel, la sensación de su dura y cada vez

más grande polla en mi mano, el sonido de su aliento entrecortado. Había sido una larga espera. Una espera de más de cuatrocientos años y por fin llegaba a su fin.

Deseando más contacto, extendí una pierna y apreté mi muslo contra su miembro. La presión de Killian fue como si alcanzara el mayor de los orgasmos.

—*Pequeño diente león*, abre más tus piernas para mí.

Su mirada estaba fundida por la lujuria mientras me observaba humedecerme los labios. Hice exactamente lo que me pidió, exponiéndome ante él por completo.

Me apreció con su vista al tiempo que su mano se asentaba entre mis muslos y me acariciaba de arriba hacia abajo. Gemí una, dos, tres veces. Con un gruñido, él masajeó mi clítoris hinchado con el pulgar y un temblor me recorrió.

Killian parecía conocer a la perfección cada centímetro de mi cuerpo y cómo extraer el máximo placer de él. Parecía conocer exactamente que teclas tocar para volverme loca.

Mis caderas empezaron a moverse en círculos, instándolo a seguir mientras hundía un dedo más profundamente en mi calor. Mi coño automáticamente recubrió su dedo invasor y se cerró sobre él como un puño.

—Lo siento, pequeña, pero esto ayudara el paso de mi polla en tu vaginal interior —demandó roncamente.

Aspiré con fuerza y contuve un jadeo de incomodidad cuando él presionó más hondo, deslizándose ahora dos dedos completamente en mi canal. Lo sentí alcanzar la barrera de mi himen y hacer un ágil movimiento de tijera. Sollocé. Su pulgar continuaba trabajando en círculos lentos el montón de nervios en mi portal lo que amortiguó la sensación dolorosa.

Al cabo de un rato mis gritos se habían vuelto incoherentes, y mi pecho se agitaba mientras me empujaba contra él, instándolo a trabajarla más duro, más rápido. Estaba cerca, muy cerca, y quería alcanzar el límite.

Entonces sentí a Killian arrastrarse por mi cuerpo, trepar lenta y devotamente. Di un respingo cuando presionó el rostro entre mis muslos y reemplazó el pulgar con su lengua, mordisqueando mi clítoris hasta que le arañé los hombros en una súplica tácita. En respuesta, él chupó la pequeña protuberancia de mi carne en su boca y succionó con fuerza. Chillé y me arqueé sobre las ropas mientras un poderoso orgasmo llovía sobre mí.

—¡Oh, Killian!

Mi atractivo lord se mantenía estoico, a duras penas contenido, mientras yo me sacudía debajo de él. En el momento en que se desvanecieron los últimos temblores de mi clímax, se acomodó mejor entre mis piernas, presionando mi espalda contra el suelo y acarició posesivamente mi mejilla ruborizada con las puntas de sus dedos. Su pene empezó a deslizarse dentro y fuera de mis labios separados. Un gemido rasgado emergió de mi garganta. Necesitaba que me llenara, que alimentara mi mojado interior con su caliente longitud, centímetro por delicioso centímetro.

— Quiero estar muy dentro de ti, tan profundo que no haya un lugar que no esté tocando — Sus ojos permanecieron pegados a los míos en todo momento — . Quiero reclamarte de la misma manera que hice hace cuatrocientos años atrás. Y quiero que me poseas de la misma manera que yo quiero ser tu dueño.

Tragando mis nervios asentí. Yo también deseaba todo aquello. Habíamos estado construyendo este momento desde hacía siglos, y solo un desastre natural iba a detenernos.

—¿Estás lista? —preguntó estudiando mi reacción.

—Nunca he estado más lista para nada en mi vida.

Mi labio inferior tembló cuando él apartó de mi rostro un mechón rubio de mi cabello y me besó. En ese instante sentí como alineaba la cabeza de su miembro erecto contra mi abertura. Cuando empujó hacia adelante, lenta y constantemente, mi boca se abrió en un jadeo silencioso.

—Dios, estás muy tensa —dijo a través de los dientes apretados.

—Lo siento —susurré.

La banda de mis músculos tenía envuelta a su polla como en un guante. Aquella era la parte delicada. Killian tenía que avanzar a través de ello para culminar el hecho, pero su miembro parecía descomunal en mi inexplorado sexo.

—Relájate, pequeña —Me aconsejó conteniendo el aliento. El sudor perlaba su hermoso rostro y comenzaba a mojar nuestros cuerpos.

—Estoy tratando —Le aseguré, sacando la lengua para lamer las gotas de sudor que salpicaban mi labio superior.

Killian se introdujo un poco más y todos mis músculos se tensaron contra él.

—Un empujón más y estaré completamente dentro. Dime si te hago daño, mi pequeña dama.

A modo de respuesta atraje su cara contra la mía y lo besé. Lo besé hasta que no sentí nada más que placer. Reconozco en su boca el sabor metálico y salado de mi propia sangre —*De mi pérdida de virginidad*— y fue asquerosamente erótico. Balanceé mis caderas para que continuara su camino. Él obedeció y con un gruñido casi animal se condujo hacia adelante con un solo movimiento suave. Solté un grito que estoy segura pudo oírse a kilómetros a la redonda. Mi visión se volvió borrosa por las lágrimas y Killian las limpió con sus labios. Me consoló y distrajo mientras su polla se acomodaba en mi interior y se acostumbraba a mis músculos internos aferrándose al alrededor de su circunferencia, tratando de absorberlo más.

—Lo siento —Se disculpó él, golpeando rápidamente sus caderas contra las mías ahora. Su mirada estaba trabada con la mía. Tenía los dientes apretados y los músculos de su trasero se flexionaban con cada una de sus embestidas. Su eje ardía, me quemaba, me marcaba a fuego, pero era una sensación agradable.

—¿Por qué? —Le interrogué sin aliento.

—Por no tener el suficiente control. Por no haberte dado más tiempo para que te adaptes a mi invasión.

—Entonces me gusta que pierdas el control —gemí, clavándole las uñas en los hombros. Estaba a punto de romperme a su alrededor—. ¡Killian! —Chillé haciendo un arco perfecto con la espalda, mis senos chocando contra el pecho masculino mientras me venía. Mis manos descendieron por la espalda de Killian hasta agarrar sus nalgas duras, fusionando su cuerpo con el mío, deseando arrastrarlo al borde con conmigo. Mi satisfacción se duplicó cuando lo sentí convulsionar dentro de mí y descargarse, viniéndose tan fuerte que casi me desmayo. Él flexionó sus caderas, extrayendo nuestro placer, presionando más profundo y manteniéndose hasta que la última ola disminuyó. Entonces se desplomó sobre mí con un gruñido ronco.

—Seguimos funcionando malditamente bien juntos —susurró jadeante en mi oído con una sonrisa de suma satisfacción.

Su risa entrecortada me calentó el cuello, y presioné un beso en su hombro.

Acababa de perder mi virginidad por segunda vez con Killian Devlin, el vizconde de Stoneworth. Todo había vuelto al punto de partida y había sido exactamente como siempre debió ser.



CAPÍTULO 08

—KILLIAN DEVLIN—

No quería soltarla jamás. Abracé su lánguido cuerpo post orgásmico al mío, cuidando mi peso para no aplastarla. Mi *pequeño diente de león* se abrazó a mi pecho, escondiendo el rubor de su rostro en mi cuello y jalándome hacia abajo para sentirme aún más cerca. Sonreí. Yo también necesitaba sentir su delicioso calor por algunos minutos más.

Alojarme en su interior era la sensación más placentera del mundo. Era volver al hogar y no tenía ninguna intención de salir en mucho tiempo.

Suspiré, quitándole el cabello de la frente con una mano para besar su frente.

—Te amo —susurré, necesitando decirlo y no importándome las consecuencias de mis palabras.

Quizás lo estaba diciendo muy rápido o no era algo que Violet quería oír. Pero necesitaba decirlo.

—Killian —murmuró ella suavemente.

Solo me fijé en el sensual movimiento de sus labios, rojos e hinchados por los apasionados besos que le había dado, mientras pronunciaba mi nombre. Solo quería volver a besarla, tenerla.

Ella parecía un poco confundida por mi declaración. Se humedeció los labios sin saber qué decir. No tenía que decir nada. Ya lo resolveríamos poco a poco.

—No necesito una declaración de amor, *pequeño diente de león* —le dije besando su cuello y luego me perdí en sus hermosos ojos marrones, cálidos—. No quiero obligarte a nada. No quiero que te sientas prisionera. Quiero que seas libre para amarme con todo lo que tengas aquí —indicé marcando una “x” con mis dedos sobre su corazón.

Rodé a un lado y coloqué mi espalda sobre nuestras ropas. El sol estaba muriendo mientras mi amor por Heather, por Violet, no hacía más que crepitar en el fuego con un nuevo leño.

—¿Te puedo contar algo? —preguntó de pronto luego de algunos minutos de absoluto silencio, gozando de la plena paz del claro del bosque y del armonioso sonido del viento.

—Lo que quieras, cariño. Lo que quieras —murmuré girándome para observarla, mientras ella imitaba mi movimiento. Se me hizo agua la boca cuando sus pechos resbalaron, juntándose.

—Ya no estoy tan segura de que lo que me has dicho sea mentira.

—No es una mentira —gruñí. Ella bajó la mirada y me regañé a mí mismo por no tener más tacto. Era la primera vez que abría sus pensamientos conmigo y debía ser paciente. Levanté su barbilla suavemente y mi pulgar jugó con su generoso labio inferior—. Nunca te mentaría, pequeña. Jamás. Eres lo más importante para mí.

Ella sonrió.

—Nunca nadie me ha dicho que soy importante —susurró— y en menos de veinticuatro horas me lo has dicho dos veces.

—Y me aseguraré de decírtelo todos los días —respondí con una promesa que estaba instalada en mi alma. Suspirando, solo guardó silencio por varios minutos—. ¿Qué sucede?

Violet se mordió el labio, casi analizando si debía o no decirme lo que pasaba por su mente.

—Estoy asustada —comentó de pronto.

—¿Por qué?

—Desde ayer, desde que escuché por primera vez la leyenda que te ata al pueblo, me he sentido muy extraña. No sé cómo explicarlo —Sus ojos bailaron de un lado para el otro, confundida—. Al inicio pensé que estaba loca que me afectara tanto una historia que había pasado hace tantísimo tiempo y que no me tocaba directamente, pero me puse muy triste, con un dolor casi físico.

—Siempre fuiste una mujer muy dulce y empática —respondí—. Es normal, recordaste quizás tu vida anterior.

—He tenido sueños y mientras recorría el castillo para llegar hasta el invernadero, tuve pequeñas imágenes que llegaban solas a mi mente en el que me veía a mí misma recorriendo los mismos pasillos. Recordando —indicó—. Sintiéndome en casa.

—Estás en casa —susurré. Nunca una frase me había emocionado tanto.

Asintiendo, Violet se acurrucó en mis brazos.

—Entonces es cierto, ¿verdad? —cuestionó sonriendo—. ¿Estoy en casa?

—Lo estás, mi amor, lo estás —La estreché en mis brazos y ella recostó la cabeza en pecho—. Y no puedo estar más que agradecido.

Una risa vibró dentro de mí, sintiéndome muy dichoso y bendecido.

—¿Por qué te ríes? —inquirió. Mientras la envolvía más en mis brazos para abrirla.

—Siempre fuiste un regalo, una bendición —recité—. Hoy me diste algo más que tu cuerpo, me diste tu inexperiencia, tu inocencia y tu corazón. Me hiciste un inmenso regalo de nuevo, mi amor.

—¿De nuevo? —Repitió alzando las cejas interrogativamente.

—Hoy y en el pasado fuiste solo mía —le conté, no pudiendo contener mi alegría porque ella me había esperado de la misma manera en la que yo lo había hecho—. Siempre has sido solo mía, *pequeño diente de león*.

—Yo... nunca, nunca me sentí amada y nunca tuve el deseo de... de follar con ningún chico —tartamudeó al tiempo que su voz iba perdiendo intensidad con cada palabra pronunciada.

—Yo no te he follado —indiqué—. No solo fue dar rienda suelta a un deseo sexual. Fue más, mucho más. Lo nuestro no es algo pasajero. Lo nuestro es algo maravilloso que no puede ser degradado solo a la satisfacción corporal.

—Estoy feliz de haber tenido mi primera vez de nuevo contigo. Mi segunda primera vez.

—Y yo me alegro de que me hayas vuelto a elegir para tu segunda primera vez.

—Killian, yo soy muy nueva en todo esto. Recién estoy aceptando muchas cosas, y aún no sé cómo no me he vuelto loca.

—Lo aprenderemos juntos. Yo te enseñaré sobre tu —rectifiqué—, sobre nuestro pasado. Pero tú, mi amor, tú harás que nuestro futuro sea maravilloso. ¿Lo harías conmigo? ¿Volverías a escribir las líneas que le faltan a nuestra historia? —Violet levantó la cabeza para mirarme directamente a los ojos durante un silencioso instante. Después extendió una mano y acarició mi cabello, casi comprobando que fuera real, y sonrió asintiendo—. Tengo tanto que aprender de esta nueva era. He vivido en el completo exilio; pero ahora quiero verlo todo contigo.

—¿Y qué pasará ahora? —dijo repentinamente mortificada cuando un pensamiento negro cruzó por su mente.

—¿Qué pasará sobre qué?

—Yo no soy inmortal cómo tú —reflexionó—. Soy solo una humana que eventualmente

morirá. ¿Volverás a quedarte solo hasta que vuelva a nacer?

Su rostro compungido al pensar en el futuro dolor que yo tendría que pasar me hizo amarla aún más. Ella no estaba preocupada por ninguna otra cosa que por volver a dejarme solo.

—Esperaría mil años con tal de volver a tenerte entre mis brazos —La tranquilicé—. Estaría siempre en el mismo lugar, esperándote una y otra vez.

—Pero eso es muy triste —murmuró con voz quejumbrosa—. No quiero que eso suceda —Estiré los labios en una pequeña sonrisa mientras besaba de nuevo su cuello y mi nariz hacía estremecer su bonita y dulce piel—. Killian —susurró—, estoy hablando en serio.

—La promesa de mi padre fue una eternidad —garanticé—. Esta vez estás vinculada a mí. Si yo vivo mil años, tú también lo harás. Si yo muero, morirás. Si tú mueres, moriré. Así estaremos juntos hasta el final.

Violet tragó, asintiendo, procesando lo que le estaba diciendo.

—¿Entonces esta vez tenemos todo el tiempo que necesitamos? —preguntó para asegurarse.

—Absolutamente.

—Bien.

Nos quedamos allí, mirando cómo las primeras sombras del atardecer cubrían la bóveda celeste con una manta oscura y con destellos brillantes.

—Hace mucho que no veo las estrellas —compartí con ella.

—¿Solíamos ver las estrellas? —soltó con suavidad.

—Sí. Solíamos quedarnos la noche entera viendo las estrellas —Reí—. Solías decirme que de pequeña tu madre te decía que eran luciérnagas que volaban demasiado alto.

—Pero no lo son, al menos ya no —replicó ella—. Ahora sabemos que son cuerpos celestes que brillan con luz propia en el universo.

—En ese entonces todos creíamos que la tierra estaba en el centro del universo y los demás planetas giraban a su alrededor. Así que era algo normal que creyeras en los cuentos de tu madre. Era imposible que supieras que es un esferoide luminoso de plasma que mantiene su forma gracias a su propia gravedad.

Violet se volvió a observarme confusa.

—¿Cómo sabes algo así, ni yo sabía que no pierden su forma gracias a su propia gravedad?

Una ronca carcajada tamborileó en mi pecho.

—Tuve que entretenerme en algo estos últimos cuatrocientos años, cariño —le indiqué—. Estoy al día con los cambios en ciencias y aunque mi capacidad social está en déficit, estoy bastante actualizado con lo que ustedes llaman internet.

—Claro, ahora me vas a decir que haces *tiktoks* —Me tomó el pelo.

—Vaya, qué lista me salió la niña —le dije mientras ella se reía por las cosquillas que le estaba haciendo.

—Ya, ya... basta —rio—. Sabes, me gustaría utilizar mi propia ropa cuando lleguemos al castillo.

—Puedes colocarte lo que tú quieras, cariño, aunque te prefiero sin ropa, completamente desnuda.

—Ya, me imagino —Se sonrojó—, pero tengo frío.

La ayudé a vestirse y luego hice lo mismo con mi ropa.

Caminamos juntos de la mano, reculando el mismo sendero por el que Violet había recorrido varias horas antes. Cenaríamos, hablaríamos, la besaría hasta que estuviera ebria de deseo y luego, volveríamos a intercambiar nuestros cuerpos en nuestro lecho.

Nuestro lecho.

Nuestro hogar.

Nuestra vida.

El futuro pintaba maravillosamente bien...



CAPÍTULO 09

—VIOLET BYRNE—

Creo que me enamoré de ti en el momento en que me insultaste y abofeteaste, aunque entonces no lo sabía. Puede que te amara incluso antes, pero lo que me hacías sentir era tan nuevo para mí, que solo tenía claro que tenía que tenerte en mi cama, en vida para siempre — Me explicó Killian mientras jugaba con uno de mis mechones rubios entre sus dedos.

La habitación estaba inundada por vapor y por un ligero olor a flores silvestres que me encantaba. Ambos estábamos sentados dentro de la enorme bañera de nuestra habitación, uno frente al otro. Las tibias y pequeñas ondas del agua lamían nuestros cuerpos desnudos de la misma manera cómo, durante los dos últimos días, nuestras lenguas lo habían hecho con el cuerpo del otro. Me divertía ver a Killian apretar la mandíbula con fuerza cada vez que las puntas de mis pezones quedaban justo por encima de la superficie líquida, mostrando descaradamente mis cimas rosadas como si fueran dos pétalos cerrados y rodeados por motas de espuma blanca.

— ¿Te insulté y abofeteé?

— Yo era el vizconde de Stoneworth, engreído, implacable, y tú solo eras una...

— Una campesina — Terminé la frase por él al verlo vacilar.

— Sí — contestó con voz densa, con honestidad por la confianza que le ofrecí — . Y pensaba que debías ver como un honor que te eligiera como mi amante dado... la inferioridad de tu cuna —completó con la mandíbula apretada, avergonzado.

— Pero no lo hice.

—No, no lo hiciste. Más bien me aseguraste que me arrepentiría —Killian acarició distraídamente la parte interna de mis piernas con su otra mano y yo me las arreglé para no jadear—. Que serías la peor amante en la historia de todas las amantes, y qué harías de mi vida un infierno. Ah, y que tendría que dormir con un ojo abierto — De repente soltó una risa baja y su mente pareció volar fugazmente al pasado — . ¿Pero cómo diablos iba a dormir contigo en mi cama? Quería permanecer despierto contigo debajo, encima...

Killian acarició las generosas curvas de mis senos con las yemas de los dedos mientras pasaba el pulgar por los pezones rosados. Apreté mis labios y él miró mi boca con deseo. Un destello de calor estalló en sus ojos, y maldita sea, tuve que apretar mis muslos.

—¿Y cumplí mi promesa?

—En absoluto. Hiciste de mis días y noches algo maravilloso.

Me dolían las manos de deseo por tocarlo, así que lo hice. Alargué una mano por debajo del agua y la envolví en su polla. Ésta, automáticamente palpitó exigiendo atención y yo se la di. Moví mi mano hacia arriba y hacia abajo en rápidos y duros golpes, tal y como él me adiestró. Todo su cuerpo se puso rígido de inmediato y todos esos grandes músculos se volvieron tan tensos que parecían dolorosos. Sus ojos, llenos de deseo carnal, nunca se separaron de los míos, y un gemido de necesidad escapó de mi boca. Estaba tan perdida en él, en darle placer, que no me di cuenta de lo excitada que me sentía.

—Mi pequeño diente de león —La forma en que dijo mi apelativo cariñoso me hizo contener

el aliento.

Me deslizo más hacia él y le paso los pies por ambos lados de las caderas. Los junto firmemente en su trasero y me aseguro de dejar en medio de los dos su miembro completamente erecto para seguir acariciándolo junto con los testículos en un tormento lento y delicioso.

—¿Entonces me tomaste a la fuerza? —interrogo.

—Casi —Él parece no tener las palabras adecuadas para disculparse por algo que había estado a punto de hacer hace cuatrocientos años. En lugar de ello, se inclinó y me besó, con toda la suavidad que pudo, con toda la reverencia que quizás nunca sería capaz de expresar adecuadamente—: Pero entonces comprendí que te quería voluntariosamente en mi cama y te ofrecí trabajo en el castillo.

—Un movimiento inteligente.

—Me hiciste esperar meses —Dejó escapar un largo suspiro y sus atractivos rasgos se desfiguraron por el dolor cuando admite lo siguiente —: En ese entonces esas semanas me parecieron una auténtica tortura, pero después de esperarte cuatro siglos me parecen solo unas ridículas horas.

Sonrí con tristeza cuando dice esto, y me inclino y lo beso suavemente una vez más. La besó, larga y profundamente, en una lenta unión de sus labios. Esta vez su cuerpo se relaja, y siento como me envuelve en sus brazos.

—¿Fue en esta habitación nuestra primera vez?

—Sí, una noche viniste a mí y finalmente fuiste mía.

Al imaginar la escena, la excitación se despertó en mi interior como una llama prende en la yesca seca. Pequeños flashes me asaltan y me siento tan confundida que lo suelto, que detengo mis caricias en Killian. Él pronuncia entonces un juramento de frustración y me sujeta inmediatamente por la cintura con ambas manos, como si temiera que fuera a escapar, y estampa una vez más sus labios contra los míos.

Cuando nuestras bocas se separan al cabo de un rato, pregunto:

—¿Fue especial?

—Mierda sí, muy especial.

—Entonces mereció la pena la espera.

—Desde luego.

Su sonrisa es malvada, y sabe que me tiene envuelta en su dedo meñique. Sabe perfectamente que no hay nada que no le daría, incluyendo sexo. Mucho, de hecho.

Le devuelvo la sonrisa y apoyo mis manos sobre sus anchos hombros. Entonces me alzo solo lo justo por encima de su pesado miembro y paso mi necesitado sexo por toda su longitud, deslizándome hacia arriba y hacia abajo. Killian suelta un gruñido de pura agonía provocada por esa danza sensual y aprieto un poco más las manos en mi cintura. Probablemente hacía su mejor esfuerzo para no agarrarme y empalarme directamente en su polla.

Decidida a llevarlo al límite, continúo con mi perverso y perezoso juego hasta que percibo que estaba a punto de correrse.

— Maldita seas, mujer, podría castigarte por esto — exclamó él con los dientes apretados, echando la cabeza hacia atrás.

— Tal vez es eso lo que quiero, mi perverso lord — Respondí, absorbiendo centímetro a centímetro la cabeza de su pene. Siento como el inicio de mi sexo se aprieta en la punta, pero no lo toma más profundo. Me mezo para atrapar una pulgada más en mi interior.

Despacio.

Tan dolorosamente despacio.

Killian rugió con un sonido grave y animalesco justo antes de rodearme con los brazos. Empezó a levantarse de la bañera conmigo a cuestas. Es primitivo y básico, pero de alguna manera encuentro su actitud extremadamente erótica.

— ¡Eh, aún no he acabado con usted, vizconde de Stoneworth! — me quejo con fingida indignación, pero entre risas.

— Su tiempo de diversión concluyó, pequeña bruja. Ahora me toca a mí. Si cree que saldrá de esta habitación sin tomar cada centímetro de mí, entonces le daré un regalo.

Mis manos están envueltas alrededor de Killian mientras nos dirige directamente a la cama. No quiero soltarlo ni perderlo. No quiero que se vaya a ninguna parte sin mí.

Él lo es todo para mí.

Porque un amor así solo llega una vez.

Y eso es lo que Killian Devlin era para mí... mi única vez.



CAPÍTULO 10

—VIOLET BYRNE—

A través é el pasillo iluminado del edificio en el que se encontraban los dormitorios de la universidad con solo un pensamiento en mi mente. Me iba a vivir con Killian.

Nunca fui una persona impulsiva. En sí, el tomar decisiones rápidas no era muy de mi estilo. Generalmente les daba muchas vueltas a las cosas en mi cabeza antes de dar un paso. Mi carácter era ser expectante mientras mi vida pasaba lentamente por mis ojos. Mientras mis primaveras pasaban al verano; pero no quería que siguieran su rumbo natural hacia el otoño de la misma manera.

No ahora que había encontrado el lugar al que pertenecía. Al hombre al que pertenecía.

Encontrar a Killian y conocer la realidad me impulsó a atreverme. Tenía que hacerlo.

Bukowski, me enseñó eso, a tomar las oportunidades sin esperar realmente nada.

Toda mi vida pensé que tomaba las salidas fáciles, las que me hacían aislarme y no mostrarme en plenitud. Que me alejé de mi ciudad natal porque no quería ser la chica que se queda con sus padres adoptivos. Tomé el primer destino que creí atractivo. Quise establecerme en un lugar en el que nadie me conociera y dónde no pudieran juzgarme por mis excentricidades. Así llegué a *Hollow Valley* sin pensar, ni siquiera por un instante, que cada una de mis decisiones habían sido destinadas a encontrarme de nuevo con Killian.

Negué.

Abrí la puerta de mi dormitorio y eché un vistazo alrededor.

Cadence no estaba.

Con un suspiro, coloqué la pequeña maleta que había llevado conmigo sobre la cama y comencé a guardar mis cosas.

No podía negar la conexión espiritual que teníamos Killian y yo. Era algo maravilloso y solo quería disfrutarlo. Quería que nuestro futuro tuviera todas las oportunidades que no tuvo en el pasado. Esta vez las cosas serían diferentes. Esta vez, teníamos la modernidad y la extinción de la caza de brujas de nuestro lado. Nadie nos buscaría.

Mis padres adoptivos eran maravillosos, pero sabían que tenía que buscar mi propio camino. Ellos estarían felices con cualquier cosa que me hiciera feliz. Killian me hacía feliz.

Me detuve un momento para acallar la avalancha de pensamientos que se agolpaban en mi cabeza. Quería disfrutar de ese pequeño y alegre segundo. La aceptación. Killian me hacía sentir querida, aceptada, amada.

Y yo... yo lo amaba.

Estaba loca de amor por él.

Quizás era una inconsciente, pero era lo que sentía. Y estaba cansada de hacer lo que los demás querían. Necesitaba encontrarme a mí misma y no podía hacer eso sin sentirme segura.

Yo quería querer a Killian.

—¡¡Violet Byrne!! —gritó Cadence luego de que abriera la puerta de nuestro dormitorio. No la escuché girar la perilla, pero allí estaba. Dejé la camiseta sin doblar cuando volví mi mirada—

¡¿Dónde rayos estabas?! ¡¡Estaba muy preocupada, joder!!

—Cadence —susurré, sabiendo que me merecía la regañina.

—Dejaste tu móvil aquí. No sabía cómo comunicarme contigo. Me tenías muy preocupada.

No podía decirle que al ser secuestrada por mi medio-demonio en la noche de *Halloween*, olvidó llevar consigo mi móvil, o dejar una nota. Sonreí. Mi relación con Cadence nunca fue la de mejores amigas, pero me alegraba saber que al menos ella se alegraba de que estuviera bien y que no me pasara nada.

Nada.

Era casi una traición decir que no me había pasado nada en los últimos días. Menos cuando mi mundo había cambiado por completo.

—Lo olvidé antes de salir, lo siento.

Cadence se sentó en su cama y frunció sus cejas negras mientras me observaba hacer la maleta.

—¿Vas a alguna parte? ¿Sucedio algo? —preguntó enfurruñada por mi nula predisposición para hablar—. Oye, puedes confiar en mí, ¿lo sabes no? —Me dijo suavemente colocándome una mano en el hombro—. Estás bien, te noto un poco pálida.

—Estoy bien. Mmmm —Hice un mohín—, lo siento, Cadence, pero tengo que regresar a casa. No sé si volveré pronto o no.

—¿A casa? ¿Todo bien por allí?

—Algo así. Nada demasiado importante, pero tengo que ir.

—¿Y la universidad, Vi? ¿Dejarás la universidad así como así? —soltó mientras terminaba de guardar la ropa en la maleta y pasaba a meter algunos libros. Tampoco tenía muchas posesiones, pero no dejaría mis amadas plantas. Eso nunca—. ¡Vi!

—No lo sé —Me encogí de hombros. Había tomado una decisión, pero eso no quería decir que había definido todos los detalles.

—Pero perderás tu beca —terqueó ella, sentándose en posición de flor de loto sobre su cama—. ¿Es un chico? ¿Por eso te vas así? ¿Alguien te hizo algo?

Levanté mi mirada hacia ella.

—No importa la beca, Cad —expliqué—. No sé si quiero seguir estudiando lo que estudio ahora. Quizás retomaré los estudios luego, o sacaré el título *online*.

—¿Entonces la decisión está tomada? —preguntó. Asentí, mientras cambiaba mi pantalón de chándal por unos *jeans* y metía la ropa que restaba en la maleta—. Si no puedo hacer que cambies de idea, entonces, al menos, déjame desearte suerte.

—Cad...

Cadence, con su largo cabello negro se levantó y fue al pequeño minibar que teníamos en la habitación para algunos bocadillos nocturnos. De ella extraño una botella muy bonita.

—Por favor, Vi —murmuró mientras sacaba nuestras tazas y servía dentro el contenido ambarino—. No sé si te volveré a ver y has sido una maravillosa compañera de habitación y amiga —Me extendió mi taza y no tuve corazón para negarme a su petición. Tomar un trago no me haría daño, pero sí alegraría a Cadence.

—De acuerdo — dije aceptándolo, con una sonrisita de lado en el rostro.

—Quiero que brindemos por la vida que inicias hoy —comenzó y me parecieron un poco extrañas sus palabras—. Porque todo te vaya bien, y exista un futuro en el que volvamos a encontrarnos y podamos contarnos las maravillosas vidas que tenemos, y que esta amistad que nació aquí, no se acabe por el tiempo o la distancia —Asentí—. ¡Salud!

—Salud, Cadence —dije, pero realmente no bebí el contenido. No era una gran bebedora y el entrenamiento que Killian estaba haciendo conmigo en los temas ocultos de la magia, necesitaban de toda mi atención y energía. Por lo que no bebí.

—¡Eso sí que no, señorita! —Se quejó Cadence—. Es un brindis por ti, por mí. No puedes engañarme besando el borde de la taza. Así que, de nuevo, ¡Salud y hasta el fondo!

Cadence no me quitó la mirada de encima, así que me vi obligada a beber. Lo hice hasta el fondo, mientras sentía que el brebaje me quemaba un poco la garganta. No supe exactamente qué era, pero sabía un poco extraño.

—¿Qué es? —Quise saber carraspeando y haciendo muchas muecas.

—Eso no importa —Estiró los brazos y me abrazó—. Quiero que todo te vaya tan bien cómo espero que me vaya a mí.

Sonreí un poco mareada mientras le daba unas suaves palmaditas en la espalda. De pronto me sentí descompuesta, la cabeza me daba muchas vueltas y el estómago también. Sin poder controlar mis facultades corporales, sentí que mi cuerpo caía en un profundo sopor. Mi último pensamiento fue para Killian.



CAPÍTULO 11

—KILLIAN DEVLIN—

Caminé de un lado a otro en los límites del bosque de Hollow Valley como un maldito animal enjaulado. En todo lo que podía pensar era en ir a por Violet y traerla de vuelta al castillo. Conmigo. Al lugar al que pertenecía.

Escuché un pequeño gruñido y me di cuenta que venía de mí.

No quería empujarla en la dirección equivocada por mi actitud poco civilizada. Si todo lo que ella quería hacer era recoger algunas de sus cosas y despedirse de algunos de sus compañeros, entonces estaría perfectamente bien para mí.

¡Al diablo con eso!

Violet se estaba demorando más de la cuenta.

Sin perder ni un solo segundo más, me materialicé paralelamente al edificio del campus. Ataviado de negro de la cabeza a los pies, me deslicé con facilidad entre las sombras como si fuera parte de ellas, como si fuera invisible.

La luna empezaba a asomar tímidamente en el cielo y las primeras luces en las ventanas de los estudiantes habían sido encendidas.

Pero la del cuarto de Violet seguía estando apagada.

Mi corazón comenzó a latir instantáneamente y apreté a mis costados los puños con tanta fuerza que escuché mis nudillos crujir.

No me detuve a darle más vueltas y me dirigí hacia la maldita construcción como lo haría cualquier humano. Cabía la posibilidad de que Violet estuviera en la habitación con su amiga y aparecer de la nada delante de ella sería contraproducente.

En el instante que atravesé la puerta principal y varios pares de ojos cayeron sobre mí me di cuenta de mi primer error.

Mi ropa.

Por suerte, no solo era una de las criaturas más peligrosas que merodeaban la tierra, sino una de las más perversamente hermosas. Atraía tanto a mujeres como hombres sin discriminación alguna. Nadie era indiferente a mi poder de seducción.

Por ello, ninguno los estudiantes que se fue cruzando conmigo, pasillo tras pasillo, pareció reparar en mis ropajes pasados de moda. Solo veían en mí el rostro más cautivador que hubieran visto nunca, un rostro pecaminosamente hermoso y una fascinante mirada violácea que dejaba inmóvil y sin aliento a todo aquel que me mirase.

Capté la fragancia de Violet incluso antes de ni siquiera poner el primer pie dentro del cuarto. El olor dulce de mi *pequeño diente de león* viajó hasta mi nariz. Una auténtica Dalila para cualquier Sansón con sangre en las venas.

Cuando entré en la habitación vacía y completamente en calma lo primero que llamó mi atención fue la maleta a medio hacer que descansaba sobre la cama de Violet.

Mis cejas oscuras bajaron en confusión mientras me acerqué y me encorvé para revisar el contenido.

¿Qué demonios...?

Al enderezarme tomé una profunda inhalación mientras eché un agudo vistazo por todo el cuarto. Es entonces cuando percibí un extraño y leve olor que no asociaba con nada que lo rodeaba. No se trataba del aroma insípido de la otra mujer que había olfateado la noche que irrumpió con Violet en el castillo, se trataba de algo más material. Un profundo tipo de almizcle...

Inhalé hondo y enseguida identifiqué la procedencia. Mis ojos se entrecierran con sospecha cuando reparan en dos tazas en uno de los muebles. Ambas estaban recientemente lavadas, pero aquel hecho no significaba un problema para mí. Agarré la que supe de inmediato había usado Violet y aspiré su interior como lo haría un sabueso en la escena de un crimen.

Valeriana. Ashwagandha. Licor y... ¿Medicina?

Fuertes potenciadores naturales del sueño. Aquello era una bomba de tiempo para dejar fuera de juego a cualquier hombre grande. Instantáneamente sentí que el terror me golpeaba como un rayo en una tormenta de verano. Terror de lo que aquella prueba en mis manos podía significar.

La habían drogado.

Se la habían llevado.

¿Pero quién?

¿Por qué?

Solté un gruñido animal, herido, y con la furia cegando mi visión e hirviendo en mis venas de tal forma que amenazaba con abrasarlo todo a su paso. Empecé a registrar la habitación como un poseso, sin molestarme en evitar hacer un auténtico desastre. No me llevó mucho tiempo encontrar entre los montones de ropas y cosas esparcidas por el piso una nota:

«¿Qué pasa cuando juntas una soga, un altillo y un pueblo con antorchas en llamas buscando venganza? ... La muerte. ¿Dejarás que Violet, o mejor dicho Heather Saint Jones vuelva a morir por ti? Es poesía pura... el lugar de tus recuerdos.»

Cadence Fritzwilliam

Mientras leía la nota el corazón me latía tan fuerte que podía escuchar el pesado latido en mis oídos. Cada palabra fue como una lanza atravesándome el costado y el corazón. La impotencia y el miedo envolviendo sus garras alrededor de mis entrañas.

Sin apartar mis ojos de la jodida hoja la arrugué en mis manos. Comencé a apretar, y mis ojos parecieron perder más el foco al inyectarse de rojo, sacándome de aquella habitación a otro lugar en mi mente compleja. El papel crujió bajo mis manos mientras apretaba más, más y más fuerte, y mis dedos se volvían blancos.

Los malditos Fritzwilliam.

Otra vez.

Cadence, esa perra farsante, era uno de ellos, un descendiente directo, y no me importaba una mierda saber hasta qué punto era inocente o no de los pecados cometidos por sus antepasados.

Ella, como anteriormente lo fue Elizabeth Fritzwilliam, su antepasado hace cuatrocientos años, no era nada para mí.

Nadie lo era salvo Violet... salvo Heather.

No, Cadence no podía ser inocente.

Si la sangre de los Fritzwilliam circulaba por sus venas era *cualquier* cosa menos inocente.

De ninguna de las maneras.

Cualquier individuo ligado los Fritzwilliam, a la maldita familia que había instigado para llevar a su pequeño diente de león a la horca siglos atrás, era merecedor de una muerte lenta y dolorosa. Simplemente estaba protegiendo a su pequeña. Esta vez nada de nadie se la arrebataría.



CAPÍTULO 12

—KILLIAN DEVLIN—

Con la maldita nota arrugándose en mi mano derecha, la sangre bullendo en las venas y la furia haciendo grandes estragos en mi paz, busqué en mi mente el lugar en el bosque al que quería ir. El lugar exacto en el que el pueblo había cometido el acto más atroz de todos, castigando a una inocente con la horca.

Ese lugar que estaba envenenado en mi memoria y al que, cuando quería torturarme por no llegar a tiempo, solía visitar para inculparme y preguntarle a Heather cuándo me perdonaría y volvería a mí.

Apreté la mandíbula hasta escuchar mis propios dientes chillando una corta sinfonía de frustración. Esta maldita vez no fallaría. Y no tendría ninguna piedad por aquel ser humano que estaba tan predispuesto a hacerle pasar un mal momento a mi dulce dama. Con furia estampé el puño cerrado sobre el yeso de la pared haciéndole un profundo hueco.

Me vengaría. Destrozaría a todo el pueblo si era necesario. Esta vez no pasaría lo mismo.

Violet estaba en peligro. Mi Violet.

Sin pensarlo dos veces, cerré la puerta de mi mente a cualquier pensamiento que pudiera descontrolar mis poderes. Era muy difícil centrarse cuando la mujer que amas está por allí, siendo torturada. Porque el que de nuevo Violet necesitara mi ayuda, solo rebotaba en mi mente como una maldita broma de mal gusto. Otra vez, no. No pasaría de nuevo por lo mismo. No lo permitiría.

Esta vez llegaría a tiempo. Esta vez la salvaría.

—Te voy a salvar, mi amor. Te lo juro —prometí mientras encontraba el camino en mi mente para abrir el túnel energético que me llevaría directamente a aquel oscuro y triste lugar.

No me importaba volver a aquel lugar si con eso salvaba a Violet.

Atravesé el campo energético mientras la noche se abría paso ante mis ojos. Observé velas y un estúpido tabladillo cómo el de aquella tarde fatídica. Estaba desierto de humanos. No había personas con antorchas pidiendo la cabeza de la bruja. La bruja que con un amplio conocimiento herbolario había salvado a sus hijos el invierno pasado de una muerte segura por las bajas temperaturas. Apreté la mandíbula mientras daba un paso hacia adelante, para apreciar que, en el centro del estrado, sentada en una silla de madera y maniatada de pies y manos, Violet reposaba con los ojos cerrados y la cuerda de la muerte enroscada tres veces en su cuello cómo una peligrosa serpiente a punto de incrustar nuevamente su veneno y drenarle la vida.

—¡Violet! —grité, dando zancadas para llegar hasta ella y así poder comprobar que mis más horribles pesadillas no se habían hecho realidad una vez más. La lógica me decía que me calmara, Violet seguía respirando. Lo sabía. Ese había sido el trato. Yo dejaría de hacerlo en el instante en que ella muriera.

Iba a colocar una mano sobre su hermoso cabello rubio cuando una voz baja pero femenina me detuvo a mitad del camino.

—Oh, no, no te acerques a ella —Fruncí el ceño cuando sentí en mi espalda la punta afilada de una espada apuntando directamente contra mi cuerpo—. Ella está dormida. Aún no le ha

pasado nada y de ti depende que eso siga siendo de esa manera, *Lord Stoneworth*. Levante las manos donde pueda verlas, aléjese de la señorita Byrne y gírese.

Sabiendo que lo mejor era seguir sus instrucciones hasta que la mujer estuviera un poco más tranquila para actuar, obedecí cada uno de sus requerimientos. Podía utilizar mi magia, lanzarla por el viento y estrellarla contra un árbol hasta que pudiera respirar más, pero no podía.

No mientras no supiera cuales eran sus intenciones y si trabajaba para alguien. La seguridad futura de Violet dependía de ello.

“Aunque con furia te enrollaron en su cuello, serás suave cómo la seda, cómo una bufanda de tela. No dañarás. No apretarás. Como una serpiente de Violet te desenredarás” conjuré hacia el cuerpo de mi mujer. La quería a salvo bajo cualquier punto de vista.

—Es bueno verle el rostro por primera vez, su *magnificencia* —le dijo la mujer de cabellos oscuros que había visto primero en el castillo y más tarde en el dormitorio de Violet. ¿Cómo diablo no me había dado cuenta antes de que era una Fritzwilliam? Esa maldita familia otra vez.

—El trato correcto es llamarme Lord —rectifiqué casi con burla—. No soy un Duque, ni un Márquez o un Conde para tener un trato protocolar distinto que el de *Lord*. Pero eso ya lo sabes, ¿verdad, señorita Fritzwilliam? ¿Qué es lo que usted y su familia pretenden?

—Pretendo que me sea entregado lo que se le prometió a mi familia mucho antes de que esa maldita bruja apareciera —gruñó con los ojos azules lanzando chispas.

Repasé sus palabras con rapidez en la mente: Quería lo que no le fue entregado a su familia.

Antes de que Heather apareciera en mi vida, en mi bosque, y me robara el corazón; estaba comprometido con una Fritzwilliam.

Era la segunda familia más importante en el pueblo y mi padre adoptivo, el real vizconde de Stoneworth había dado su palabra de una boda. Pero él murió antes de tiempo y yo no estaba dispuesto a poner en venta mi amor por Heather por la palabra de un muerto.

—Un matrimonio nunca fue una posibilidad entre nuestras familias —indiqué—. Antes o después de Heather. No te debemos nada. No les debemos nada, los títulos en este momento son lo menos importante en el mundo. Los Vizcondes perdimos aristocracia en la nueva burguesía.

—No quiero tu título —Se enfadó Cadence con la punta de la espada en mi pecho—. Tú estúpido título es lo de menos. Lo que hemos resguardado por años es tu poder. ¿Acaso crees que eres el único con habilidades especiales? Tú eres el Vizconde Semi-demonio y tu sangre da poder. Lo dice el grimorio. Es un hechizo simple con tu sangre en una copa de oro antigua. Eso es lo que hemos estado esperando —comentó—. Quiero tu poder.

—Entonces, llevaste a Violet al castillo con todo el conocimiento de lo que pasaría —pregunté.

—Por supuesto —Rio—. Generación tras generación mi familia se quedó en este insignificante pueblo aguantando la maldición que lanzaste que envolvió esta tierra en la infertilidad y anuló su prosperidad por años. Queremos ese poder y la única forma en la que volverás a ver a su querida Heather será mientras te desangras.

—Si me matas, mi sangre dejará de servir. ¿Lo sabías? —pregunté moviendo la espada hacia un lado con fastidio—. Tengo que sangrar por voluntad propia. ¿Eso no dice tú librito de magia para niños?

Cadence pareció temporalmente confundida, como si estuviera repasando sus conocimientos una vez más.

—No me quieras engañar —gruñó mostrándome los dientes—. No voy a permitir que juegues

con mi mente, demonio. Quiero ser la primera bruja real en la familia. Estoy destinada a esto. Es por eso que nací en este lugar, en este siglo, en esta década. Para hacer justicia.

—¿Justicia? —me quejé— ¿La misma que tuvieron con Heather?

—No les importó lo que sucedió con esa casquivana, a mí tampoco me importa lo que le suceda a la rarita de Violet —respondió.

—¿Cadence? ¿Killian? —Ambos observamos hacia la tarima donde Violet recobraba la consciencia

—Qué bueno que despertarte, justo en el momento perfecto en el que tu querido Killian morirá.

—¡Killian, no!

Cadence sacó una pequeña daga del pomo de madera de la espada. Leí sus intenciones antes de que pudiera hacer algo y le dije:

—Si ella muere, yo también lo haré. Yo que tú la trataría bien.

—Igual ambos van a morir —Soltó una carcajada—. Por fin lograrán estar juntos mientras se queman en el infierno. Un amor de centenares de años... vaya mierda de historia de amor.

Apreté la mandíbula.

—Cadence... —pidió Violet

—Juro que, si dices una vez más mi nombre, de lanzaré la daga y nunca fallo —rumeó—. Ahora, querido Vizconde. ¿Listo para sangrar hasta morir?

—¿Tu familia no se detendrá nunca, verdad? —pregunté esperando que la mujer de Cabello negro y ojos azules me diera el último detalle que necesitaba saber.

—¿Familia? —escupió—. Soy la última descendiente. Mis padres murieron en un accidente junto a mi hermano y yo soy la única Fritzwilliam que queda. La última con sangre pura.

Con esa respuesta tenía más que suficiente. De un solo movimiento de mi mano la espada salió disparada para incrustarse en el duro tronco de uno de los árboles de las afueras del pueblo. Cadence gritó cuando la daga le cortó la mano cuando el metal intentó alejarse de ella para volar hacia mi mano.

Violet jadeó y cuando chaquéé los dedos las cuerdas se desataron de su cuerpo instantáneamente.

Cadence intentó correr, pero lancé las mismas cuerdas en su captura.

—Cadence, Cadence... —susurré cuando ella cayó al suelo y las cuerdas hacían su trabajo.

Me materialicé lo suficientemente cerca para ver las venas de su cuello saltadas de la ira; pero no tanta como la que yo sentía correr por mi cuerpo al descubrir que todo lo que había dado el pie para la conspiración y traición del pasado que terminó con la muerte de Heather tenía que ver, únicamente, con el poder de mi sangre. Tomé la daga entre mis dedos, acariciando el frío metal con ilusión y deleite.

—Killian, no... —murmuró Violet a mi espalda—. Por favor, no te manches las manos con ella.

Pero Violet no entendía.

Cadence nos perseguiría los próximos 60 años si es que tenía suerte de vivir tanto. No iba. Ponerla en riesgo o dejar de gozar una vida plena a su lado solo porque la psicópata Fritzwilliam nos persiguiera.

—Escúchala, no haces todo lo que dice tu amorcito cómo el perro faldero que eres —agregó Cadence—. Su amor está maldito y así se quedará.

—Ella es mi todo, mi vida, mi pasado, mi presente y mi futuro —murmuré, y sin perder más

tiempo, le incrusté la daga en el corazón con un solo movimiento mientras repetí las palabras en latín necesarias para cerrar su alma y evitar una reencarnación.

Cadence escupió sangre, mientras tu ropa se iba llenando del líquido rojizo. Violet jadeó y escondió el rostro en mi espalda sin querer ver aquel espeluznante cuadro que estaba ejecutando.

No lo iba a dejar un asunto que podría cambiar nuestro futuro en las manos del destino o del tiempo, nunca más...

Cuando el último suspiro de vida escapó del cuerpo de la Cadence, me volví hacia Violet y la abracé con fuerza mientras besaba su frente perlada de sudor frío.

—Tenía que hacerlo —le dije a modo de disculpa por lo que tuvo que presenciar—. ¿Te sientes bien? —pregunté luego, acariciando su cuello y viendo las lágrimas que caían por sus mejillas.

—Fui tan estúpida al confiar en Cadence —sollozó—. Mi vida está en tus manos y la tuya en las mías y fui tan inconsciente. Lo siento tanto, Killian.

Negué acunando su bello rostro y limpiando los ríos de sus lágrimas para ver su tierna y sonrojada piel.

—Ambos debemos protegernos a partir de ahora, mi amor. Yo debí acompañarte —asumí mi parte de culpa—. No debí dejarte sola, desprotegida. Yo no quiero que nada te pase, no podría soportarlo.

—Oh, Killian —chilló abrazándome—. Te amo, Killian. Te amo tanto que tengo miedo. Te amo con tanta desesperación que no me importa lo que acabas de hacer, aunque debería salir corriendo por esto. Solo tengo miedo de que alguien lo haya visto, que te acusen por su muerte, no es tan fácil...

—Shh... —acallé su boca colocándole mis dedos sobre sus labios—. *Pequeño diente de león*, nada va a pasar, yo me encargaré de eso luego. Nadie lo verá, pero ahora —murmuré jugando con su labio inferior—. Ahora solo quiero abrazarte y saber que cada parte de tu cuerpo está bien. Quiero tenerte, necesito tenerte y salir que...

Violet se precipitó hacia mí y me calló la boca con un profundo beso. Degusté en su boca la misma fiera necesidad que yo sentía por ella. Sin dilatarlo más, coloqué mis manos en su culo y tiré de ella para que enrollara sus piernas en mi cintura.

Iba a amarla todo lo que quedaba de día, y por toda la vida.



CAPÍTULO 13

—VIOLET BYRNE —

Los iris violeta de Killian chispeaban cómo si rayos un poco más claros pasaran a través. La respiración se me complicó cuando sentí sus manos en mi trasero y su boca dándome tiernos besos en el cuello. No pude evitar balancearme sobre su cuerpo. La necesidad de estar con él me quemaba cada centímetro de piel.

Cuando me colocó en la cama, *en nuestra cama*, no perdí ningún instante y me deshice de la blusa queriendo sentir sus manos acariciándome. Sus dedos delinearon las líneas de mis costillas, haciéndome jadear y sentir la boca como si hubiera bebido arena.

Killian enganchó sus dedos en mis pantalones y tiró de ellos hasta que se atoraron en las corvas de mis rodillas. Él gruñó con frustración y levanté las piernas, colocando las palmas de mis pies sobre la cobija, para que pudiera seguir con la tarea de desvestirme. Me sacó de los pantalones y su boca jugó un poco con el borde de mis braguitas.

—Me gusta tu ropa interior —dijo con la boca pegada a mi vientre y el calor de su aliento se filtró por los orificios del encaje estremeciendo mi piel y poniéndola de gallina.

—Killian...—intenté reclamar, pero mis palabras murieron cuando sentí su boca jugando conmigo y sus dedos paseando sobre la estrecha y delgada tela produciendo la fricción necesaria para sentir placer.

—Solo estoy preparándote para cuando ponga mi boca aquí —dijo colocando uno de sus dedos justo en mi clítoris—. Y luego aquí —jadeé cuando el duro índice de su mano se deslizó hacia abajo, hacia la puerta misma de mi vagina.

Él pulsó allí varias veces mientras sentía cómo mi cuerpo iba respondiendo sin ninguna vergüenza. Sus manos expertas tiraron de la tela y jugaron propiamente con mi carne.

Gemí, sin poder o querer controlarlo.

Killian se deshizo de las fastidiosas braguitas y me dejó expuesta. Intenté cerrar las piernas, pero no me lo permitió. Por el contrario, colocó una mano en cada uno de mis muslos y procuró que estuviera lo más abierta y disponible posible.

Su lengua en mi perla fue la sensación más gloriosa en el mundo. Colocó sus manos debajo de mi trasero y lo elevó para su comodidad, para seguir dándome placer. Cerré mis dedos sobre la cobija y tiré, mientras mi cuerpo se encorvaba naturalmente para darle aún mayor acceso.

Me balanceé, buscando, necesitando más de su deliciosa fricción. Él tiró del timbre de mi placer, mientras su barbilla golpeaba contra mi dolorido y húmedo centro.

—Tu coño es lo más bonito que he visto —me dijo—, me gusta ver tus labios brillantes y resbaladizos. Sensibles hasta el punto de que solo mi aliento te hace estremecer —Me sopló suavemente para poner en evidencia la veracidad de sus palabras y sí, me estremecí con nudo formándose en mi vientre.

—Entonces, ¿estás a favor de la depilación láser? —pregunté un poco juguetona y aproveché

para darme un lengüetazo de abajo hacía, recorriendo cada centímetro de piel mientras me observaba con los ojos violetas brillantes de auténtico deseo.

—Sí —respondió después, alejándose, pero yo solo quería que lo volviera a hacer. Recorrí mi cuerpo con besos hasta que llegó a mi cuello, donde le propinó delicadas y amorosas caricias a las marcas claras de mi piel—. Eres mía, Violet. Cada centímetro de tu cuerpo y de tu alma es mío. Has sido mía por cuatrocientos años y serás mía hasta que llegue nuestra hora.

Asentí, convencida de que eso era exactamente lo que quería.

—Lo prometo —le respondí provocando una sonrisa que transformó su rostro adusto en angelical—. Te amo, Killian —dije acuñando su rostro entre mis manos—. Te has convertido en lo más grande y maravilloso que me ha pasado. Nunca pertenecí a ningún lugar y ahora no hay manera en la que permita que alguien me separe de ti.

—Me gusta escuchar eso, Violet, porque yo también te amo —dijo para luego besarme.

—Quítate la ropa —le pedí en un susurro entre besos.

Él se deshizo del chaleco y luego se separó de mí para quitarse la camisa ancha con mangas de holanes. Mis dedos fueron hacia el botón que cerraba sus pantalones y lo abrí para meter mi mano y agarrar su duro miembro.

Sentí a Killian gemir porque no era algo que se esperaba que hiciera, pero yo estaba demasiado febril cómo para no tocarlo. Quería tocarlo y ser tocada.

Mi mano se movió insegura hacia arriba y hacia abajo, y Killian colocó una mano a cada lado de mi cabeza.

—¿Quieres saber cómo es que quiero tenerte? —preguntó dándome un feroz beso en los labios. Asentí—. Él empujó con fuerza sus caderas haciendo que la fricción de mi mano se volviera cálida y tuviera que abrir más los dedos para poder envolverlo. Sus duros embates empujaban mi mano hacia fuera de sus pantalones y su boca me besaba duramente.

Gemí, porque lo necesitaba en mi interior con tanta desesperación cómo mi siguiente respiración

Rodé sus pantalones por sus nalgas y abrí más mis piernas. Pero solo jugó conmigo pasando sensualmente su dura erección superficialmente por el camino de mis labios hasta mi clítoris. No penetró en ningún momento, pero el sentirlo duro y pujante me hizo volver loca.

—Killian, por favor —rogué.

—¿Qué necesitas, mi amor? —cuestionó.

—Quiero que me penetres —le pedí, pero él se hizo a un lado sorprendiéndome. Luego, solo cerró mis piernas.

—Pero... —comencé, cuando me elevó las piernas hasta que las palmas de mis pies estuvieron en su pecho y luego, sentí la cabeza de su pene en mi entrada— Oh, Killian... —jadeé al sentirme completamente cerrada mientras él pugnaba por entrar.

Entró y salió de mí varias veces con un incesante ritmo que aumentó cuando sus dedos me dejaron marcas en las caderas por la fuerza con la que me agarraba.

Gemidos y gruñidos eran la única sinfonía que acompañaba nuestro baile. Abrió mis piernas y mientras su dedo índice jugaba con mi perla, jadeaba de placer con la garganta seca y el cuerpo resbaladizo por el sudor.

—Gírate —ordenó luego y lo hice.

Me penetró con un rápido movimiento y coloqué las manos fuertes sobre la cama. Golpeó en mi interior varias veces para luego hacer que me sentara en su regazo mientras jugaba con mis senos duros por el placer contenido que se estaba formando en mi interior. Mordió mi cuello

mientras aprisionaba entre sus manos mis endurecidos pezones.

—No puedo más —susurré cuando pensé que el placer me partiría por la mitad.

En ese momento, Killian metió su mano de nuevo entre mis piernas, buscando mi clítoris para darme aún más placer. Me balanceé sobre él. Su polla en mi interior me completaba de tan forma que no era describable con palabras.



—KILLIAN DEVLIN—

Tenerla era una bendición

Amarla una necesidad

Y verla destrozada de placer entre mis brazos era mi misión.

Cuando colé mis dedos de nuevo entre sus pliegues buscando la fuente de su placer, ella suspiró. Tiré de uno de sus pezones y de su clítoris a la vez, haciéndola gemir mientras mis caderas seguían empujando en su interior.

Se recostó en mi pecho balanceando sus caderas mientras su boca chocaba con la mía.

Todo al mismo tiempo.

Todo en plena armonía.

No pasó mucho tiempo antes que ella explotara de placer y yo la siguiera disparando mi carga en su interior. Le rodeé la cintura con las manos para evitar que cayera y la ayudé a llegar suavemente hacia la cama. Me recosté con ella, amando cada segundo que pasaba a su lado.

—Nunca te pongas en peligro, mi querida Violet, porque no quiero nada menos que una eternidad a tu lado —le pedí suavemente viéndola languidecer

—Lo prometo —susurró antes de quedarse dormida y yo estuve bien con eso.



EPILOGO

—KILLIAN DEVLIN—

Diez años después...

Mientras Heather y Hector, nuestros hijos mellizos de siete años con sus disfraces de *Batman* y *Batichica*, corren hacia la siguiente puerta del vecino para tocar el timbre y gritar: “*Dulce o Truco*”, entrelazo mis dedos con los de mi amada esposa, Violet.

Ella se ve muy sexy en su traje de bruja. Me gusta cómo su corsé rebosa sus senos y como la falda aparentemente desgarrada me deja ver sus piernas enfundadas en mallas de rejilla.

Rodeé su cintura cuando se puso de puntillas para besarme.

—¿En qué piensas? —preguntó alisando la solapa de mi saco.

—En lo mucho que quiero quitarte la ropa.

—Killian —Se quejó dándome una palmada en el brazo, pero los ojos brillantes de aceptación—. Los niños están presentes, compórtate.

—No es malo que nuestros hijos sepan lo mucho que se quieren sus padres —respondí mientras veía a una calavera acercarse hacia nosotros.

—Hey, Killian —saludó el hombre estirando su mano hacia mí. Seguido por sus dos hijos menores.

—Hola, hombre —respondí estrechando su mano—. ¿Qué tal todo por casa?

—Qué tal, Violet —Mi esposa le dio un asentimiento—. Saluden niños...

—Holaaa —respondieron los pequeños en coro.

—¡Me encantan vuestros disfraces, chicos! —Los halagó Violet.

—Lucinda no quiso salir así que este año me toca llevar a los niños.

—Me imagino que debe estar agotada con el embarazo —murmuró Violet comprensiva.

—Sí, está siendo un poco más complicado de lo que todos esperábamos.

—Todo irá bien —respondí y con la colilla del ojo observé a Heather y Hector llegar hacia nosotros con sus canastas repletas de dulces.

—¡Vaya, chicos, ustedes nos llevan la delantera!

—Hola, señor Ed —saludó Hector, mientras Heather se escondió detrás de mis piernas.

—Hola, campeón —dijo chocando puños con él—. ¿Qué te parece si mañana vas por casa a jugar un poco con estos revoltosos?

—¿Papá, mamá, puedo ir? —preguntó. Sus ojos violáceos brillaron emocionados y solo pude sonreír. Observé a Violet y ella asintió, dándole nuestro permiso.

—¡Qué bien! ¡Te espero mañana entonces! Bueno, los dejo... —rio Ed cuando su pequeño hijo tiraba de sus pantalones para que avanzara—. Te veo en la oficina, Killian.

—Hasta el lunes, Ed —respondí para luego continuar con mi familia en nuestro recorrido de *Halloween* por el pueblo.

Los años siguientes a aquella noche en la que me deshice por fin del pasado con la muerte de Cadence, todo fue mejor para nosotros.

Nos casamos algunos meses después y Violet comenzó una nueva carrera en botánica. Poco a poco me fui adaptando y conociendo más la parte social del pueblo. Me hice con un título de abogado y dirijo una pequeña empresa en la ciudad más próxima, a unos cuarenta minutos de *Hollow Valley*. Mi profesión se volvió casi un chiste familiar cuando se dieron cuenta que podía sacarle la verdad hasta al que se creía el más duro de los criminales. Violet se reía, diciéndome que no existía ser humano que se resistiera a mí. Y no, no había, aunque Hector hacía, a veces, un buen trabajo intentándolo. Vivimos en la ciudad y me encanta sentarme en los muebles de la terraza, debajo del parasol y observar desde allí a los niños jugando en el jardín con su madre. Pero teníamos nuestra propia tradición, cada Halloween regresábamos a *Hollow Valley* para disfrutar de nuestro castillo y permitirles a nuestros hijos unas vacaciones de lo que conocían como normalidad. Allí, en el castillo, eran libres de probar sus poderes antinaturales sin que nadie supiera o saliera lastimado.

La vida, tal y cómo la recuerdo socialmente, ha cambiado mucho y me ha llevado un período de adaptación en el que Violet ha estado conmigo en cada paso. Enseñándome y ayudándome. Amándome en cada paso.

Afortunadamente, desde que los mellizos nacieron, las cosas comenzaron a encontrar su propio rumbo y ya no sentía el agobio de intentar hacerlo todo perfecto. Cuando Violet decidió que era hora de volver a trabajar, lo hizo en un invernadero cerca de casa, lo que le permitía llevar a los niños con ella.

Heather tiró de mi pantalón para que la levantara del suelo. Lo hice, elevándola por los aires y ayudándola a que se sentara en mis hombros. Ella rio mientras abrazaba mi cabeza como un casco y Violet le daba la mano a Hector.

—¿Están listos para volver a casa? —pregunté y mi familia asintió casi al unísono.

Esta noche dormiríamos en el castillo y el fin de semana que teníamos por delante trabajaríamos un poco en nuestra magia.

Heather y Hector tenían que comenzar pronto a controlar sus pequeños chispazos de habilidades antes que hicieran algún desastre en casa o en el colegio. Las manifestaciones sobrenaturales en ellos comenzaron muy pronto, pero con trabajo y amor, habíamos logrado controlarlas.

Ahora solo tenía que recordarle a Hector que no podía congelarle las manos a ningún niño que tocara a su hermana. Por mucho que estuviera cien por ciento de acuerdo con ello. Aún estaba en proceso de asumir que, en algún momento, mi princesa, tendría que buscar a su alma gemela. Pero por el momento, era demasiado pequeña y requería ser cuidada.

Sabía lo que me deparaba el futuro. Lo que nos deparaba a todos.

Viviríamos hasta que decidiéramos hacerlo o hasta que alguno de los dos muriera por alguna causa, distinta a la natural. Violet estaba vinculada a mi cómo yo a ella, era por ello que Violet podía gozar de mi inmortalidad y yo de su mortalidad. Para eso fue el voto de sangre que rompió la maldición. Y, en el caso de Heather y Hector, cuando fuera el tiempo correcto o la era correcta, ellos encontrarían a quien amar y pasaría exactamente lo mismo. Vincularían a sus parejas y decidirían su vida, hasta que eventualmente la herencia de mi sangre demoníaca se perdiera en los siglos...

Agarré con mayor fuerza los dedos de la mano de mi mujer mientras elevaba su mano para besar su dorso.

—Gracias, *pequeño diente de león* —expresé—. Gracias por todo...

—Gracias a ti por esperarme —respondió—. Gracias porque todo lo imaginable para mí, incluso el amor, sucedió aquí en Hollow Valley.

— **FIN** —

AGRADECIMIENTOS

Hola,

Hace tiempo teníamos en mente esta historia y estábamos esperando a que llegara octubre para poder mostrárosela y disfrutar de estas fiestas. Esperamos, de todo corazón, que les haya gustado la historia de Killian y Violet.

Espero que pronto volvamos a encontrarnos pronto.

Si quieres saber más de nuestro trabajo o de lo que tenemos entre manos, siempre puedes seguirnos en nuestras redes sociales. Encuéntranos en *Facebook* cómo: Anaïs Valcárcel y S.M. Afonso, o en nuestro grupo de Facebook: Lectoras de Anaïs Valcárcel y S.M. Afonso. Y en *Instagram* como: @anivalcarcel, @sm_afonso.

Un gran abrazo.

[\[1\]](#) Traducción del latín al español: “*Pero ahora descansa, mi amor*”